

CABALLEROS DEL REY CATOLICO. DISEÑO DE UNA NOBLEZA CONFESIONAL ¹

por

ELENA POSTIGO CASTELLANOS

Universidad Autónoma. Cantoblanco (Madrid)

RESUMEN: *El artículo revisa una convicción fuertemente arraigada en la historiografía según la cual, las Órdenes Militares concluían su verdadera historia a partir de 1492, al tiempo que concluía la expulsión de la población árabe de la Península. Examina también el compromiso que en 1523, y como resultado de la Incorporación de los Maestrazgos, contrajeron los monarcas castellanos de utilizar las Órdenes en defensa de la «Fe, la Sede Apostólica y toda la República Cristiana». Describe, así mismo, el proceso que llevaría a estas milicias a dejar progresivamente las armas y a convertirse en una fuerza moral de la Contrarreforma. Finalmente, analiza la definición de un modelo de caballero de hábito cuya misión sería la de ser bastión de los intereses, modos de vida e ideales de una Nobleza Católica llamada a regular, en la época de la Contrarreforma, la catolización de la vida cotidiana de las élites.*

PALABRAS CLAVE: Órdenes Militares, Santiago, Calatrava, Alcántara, Nobleza, Contrarreforma, Caballeros de hábito, confesionalización.

ABSTRACT: *This paper reviews the strong believe held within the historiography field according to which Military Orders ended its history from 1492 on, time at which the Moorish population expulsion out of the Iberian Peninsula was over. The paper examines also the 1523 compromise that resulted from the Incorporation of Maestrazgos. This compromise of the Castile monarchs aimed at maning use of the Orders to protect «Faith, the Apostolic See, and the whole Christian Republic». It describes the process that led these militia to gradually abandon the weapons and converting themselves into a Counter Reformation moral force. Finally, it analyses the definition of a model of knight whose mission would be to play the role of guardian of the interests, ways*

¹ Una síntesis de este artículo (19 folios), se presentó, bajo el nombre IMÁGENES DE «NOBLEZA CATÓLICA». CABALLEROS DE DIOS, CABALLEROS DEL REY, CABALLEROS DE LA IGLESIA, al Coloquio *Potere e Ordini Militari-Cavallereschi Nell'Europa Mediterranea dell'Eta'Moderna*, Instituto Universitario Europeo de Florencia, septiembre 1993.

of life and ideals of a Catholic Nobility called on the catholicizing the everyday life of the elites over the Counter Reformation period.

KEY WORDS: **Military Orders, Santiago, Calatrava, Alcántara, Nobility, Counter Reformation, Knights, confessionalization.**

1. En el año de 1523, en pleno período de turbulencias de la Cristiandad y muy próxima la fecha en que Carlos V hiciera aquella magnífica profesión de fe con ocasión del edicto de Worms, la Incorporación Perpetua de los Maestrazgos de las Órdenes Militares a la Real Corona de Castilla y León² sellaba un compromiso entre el papa Adriano VI y el emperador. En virtud de este compromiso, «los Maestres se hizieron Reyes, y los Reyes Maestres»³,

² Se carece por el momento de una investigación monográfica detenida en las incorporaciones —temporal y perpetua— de los maestrazgos de las Órdenes. Las páginas que le dedicamos en nuestro trabajo *Honor y Privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Órdenes y los caballeros de hábito en el siglo XVII*. Valladolid 1988, págs. 31-44, a pesar de ser solamente una primera aproximación al tema, pasan por ser, hasta ahora, el más detallado análisis de la cuestión. Sobre sus antecedentes y los pormenores que las rodearon (sobre todo a la incorporación temporal) abundan los datos en las numerosas obras de carácter general dedicadas a las Órdenes. Entre ellas merece la pena destacar la de RADES Y ANDRADA, F., *Chronica de las tres Ordenes y cavallerias de Sanctiago, Calatrava y Alcántara: en la cual se trata de su origen y sucessos, y notables hechos en armas de los Maestres y cavalleros de ellas: y de muchos señores de titulo y otros nobles que descenden de los Maestres: y de muchos otros linajes de España. Compuesta por el licenciado... Dirigida a la C.R.M. del Rey don Philippe II nuestro señor, Administrador perpetuo destas ordenes*. Toledo 1572. También LÓPEZ GONZÁLEZ, C., «La incorporación a la Corona de los Maestrazgos de las Órdenes Militares españolas», en *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, U.A.M., año II, 2.ª época, núm. 8 (1980), págs. 9-16. Información de interés para Alcántara puede encontrarse en el trabajo de LADERO QUESADA, M. F., «La incorporación del Maestrazgo de Alcántara a la Corona», en *Hispania*, XLII (1982), 5-14. También en el más general de JAVIERRE MUR, A., «Fernando el Católico y las órdenes militares españolas», en *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza 1955, págs. 287-300. Para la Orden de Calatrava las páginas que FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F. le dedica en su libro *La Orden Militar de Calatrava en el siglo XVI. Infraestructura institucional. Sociología y prosopografía de sus caballeros*. Madrid 1992, págs. 48-56. También para esta orden GUTTON, F., *La Chevalerie Militaire en Espagne: L'Ordre de Calatrava*. París 1955, págs. 106-118. Existe traducción en castellano, *La Caballería Militar en España: La Orden de Calatrava*. Traducción de J. A. Muñoz, Madrid, El Reino, 1969. Del mismo autor, *L'Ordre de Santiago (Saint Jacques de l'épée)*. París, P. Lethielleux, 1972, y *L'Ordre de Alcántara*. París, Letiellieux, 1975. En todos los trabajos que acabamos de citar se alude fundamentalmente a las relaciones entre las Órdenes y la corona en el momento de la incorporación. Por lo que se refiere a la incorporación de la Orden de Montesa, se puede ver el trabajo de ANDRÉS ROBRES, F., *Garcerán de Borja, Felipe II y la Tardía Incorporación de la Orden de Montesa a la Corona. Los hechos (1492-1592)*. Conozco un ejemplar mecanografiado que se presentó a la III Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna. Gran Canaria 1994.

³ Sobre la dinámica de *sacralidad* de los poderes laicos, puede verse PRODI, P., *Il sovrano pontefice, un corpo e due anime: la monarchia papale nella prima età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 1982. Sobre las consecuencias que de ella se siguen, FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «Iglesia y configuración del poder en la monarquía católica (siglos xv-xvii). Algunas consideraciones», en *Etat et Eglise dans la genèse de l'Etat moderne*. Madrid, Casa de Velázquez, 1986, págs. 209-216.

o al menos así parecieron entenderlo algunos años después las propias Órdenes⁴. Como consecuencia lógica de esa transformación los monarcas castellanos asumían los derechos nada desdeñables que tradicionalmente se reconocían al maestrazgo⁵. A la vez, los reyes de Castilla, como nuevos *maestres*⁶ de tres grandes órdenes militares —Santiago de la Espada, Calatrava y Alcántara—, quedaban comprometidos con una obligación que no era precisamente de pequeña entidad: la de ejercer el papel de *defensores* de «la fe, la Sede Apostólica y toda la República Cristiana»⁷. De hecho, mantener las Órdenes

⁴ En CARO DE TORRES, F., *Historia de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara desde su fundación hasta el rey D. Felipe Segundo Administrador perpetuo dellas. Dirigida al rey D. Felipe IIII*. Madrid 1626. La cita se encuentra en el Prólogo que está sin paginar.

⁵ A los monarcas, como nuevos *Maestres* de las Órdenes, competía el gobierno de un extenso territorio repartido entre más de 18 de las actuales provincias españolas que superaba los cinco millones y medio de hectáreas. Sobre esto puede verse: LÓPEZ GONZÁLEZ, C.; POSTIGO CASTELLANOS, E. y RUIZ RODRÍGUEZ, J. I., «Las Órdenes Militares en la época moderna: una aproximación cartográfica», en *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XII-XVIII)*. Casa de Velázquez-Instituto de Estudios Manchegos, Madrid 1989, págs. 291-340. Le competía también el patronato sobre los bienes que las Órdenes poseían —encomiendas, dignidades y beneficios— ver, entre otros, WRIGHT, L. P., «Las Órdenes Militares en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. La encarnación institucional de una tradición histórica», en *Poder y sociedad de la España de los Austrias*. Barcelona 1982, págs. 28-30. Sobre las encomiendas como elemento fundamental de la estructura del patronato monárquico puede verse para el caso portugués MONTEIRO, N. G., «Os comendadores das ordens militares (1668-1834). Primeiros resultados de uma investigação», incluidos en las *Actas do II Encontro sobre Ordens Militares*. Cámara Municipal de Palmela, octubre 1992 (en vías de publicación), y «Ordens Militares e Espaço Social: Os Comendadores em Portugal (Séculos XVII-XVIII)», en *Coloquio Potere e Ordini Militari-Cavallereschi Nell'Europa Mediterranea dell'Eta' Moderna*. Instituto Universitario Europeo, 1993 (ejemplares mecanografiados). La singularidad que a este respecto presenta la Orden de Malta se puede ver en SPAGNOLETTI, A., «Le commende italiane dell'ordine di Malta tra strategie degli onori ed élites locali», en *Potere e Ordini...*, op. cit. Finalmente, en tercer lugar, también competía a los monarcas la percepción de importantes rentas procedentes de la Mesa Maestral. Sobre su valor son de sobra conocidas las cifras que da, entre otros, R. CARANDE.

⁶ Aunque en ocasiones el monarca aparece titulado como Maestre de las Órdenes, el título que le confiere la Incorporación es el de «Administrador por voluntad pontificia». Con esta figura se subsanaban las dos principales deficiencias que existían para que el monarca fuera cabeza de las órdenes. La primera que lo fuera de las tres a la vez, y la segunda que se constituyera en «Superior» de un instituto monástico sin ser persona de orden.

⁷ Especialmente ilustrativo de lo que venimos diciendo es la siguiente cita de Fray Francisco de Ocampo, *maestro* de cavalleros y capellan de honor de su Magestad: «... al Incorporar el Pontífice Adriano sexto los Maestrazgos a la corona de Castilla y Leon (...) dejo esta obligación perpetuamente a Su Magestad, y sobre su Real conzienzia, para que como superior mas poderoso y Prelado de los Ordenes compliese a sus profesos a cumplir las obras de su profession conque de la omision y negligenzia se le depare en el trivunal divino bien estrecha cuenta» (*Obligaciones de los cavalleros de la Religion de Santiago*. Manuscrito, s/a, s.l., 227 fols., pág. 39v). Evidencias en este sentido se encuentran repartidas a lo largo de toda la Bula *Dum intra* de Incorporación Perpetua de los Maestrazgos de las Órdenes Militares a la Real Corona de Castilla y León hecha por Adriano VI en 1523. La Bula puede leerse en los Bularios de Santiago, Calatrava y Alcántara. *Bullarium Ordinis Militae de Alcantara, olim S. Iuliani del Pereiro, per annorum...*, Madrid 1749, recopilado por AGUADO DE CORDOBA, F.,

como lo que habían sido hasta entonces —una especie de *brazo armado* ligado al papado⁸— era la contrapartida que exigía Adriano IV para *extinguir* el Maestrazgo⁹. Desde esta perspectiva, no es obvio recordar que dicha institución se había manifestado en no pocas ocasiones como un grave peligro para la estabilidad de la corona castellana¹⁰.

Bullarium equestris ordinis S. Iacobi de Spatha, per annorum seriem nonnullis donationum..., Madrid 1719. *Bullarium Ordinis Militae de Calatrava per annorum seriem... regio diplomate compilatum...* Madrid 1761. Compilado por ORTEGA Y COTES, J. I.; ÁLVAREZ DE BAQUEDANO, J. F. y ZÚÑIGA Y ARANDA, P. Reedición facsímil por Ed. Albir, Barcelona 1981, con prólogo de LOMAX, D. W. Nosotros hemos utilizado la traducción de esta bula que hace GUILLAMAS, M., *Reseña Histórica del Origen y Fundación de las Órdenes Militares y Bula de Incorporación*. Madrid 1851. La recogimos en los apéndices de nuestro trabajo *Honor y privilegio...*, *op. cit.* Una revisión comentada de esta traducción y una traducción de la de Montesa está siendo preparada por GALLARDO MEDIAVILLA, C.

⁸ A la consideración de la Reconquista por los Pontífices como parcela de su amplia *estrategia sacra* en defensa de la Cristiandad y, en consecuencia, de la consideración de las Órdenes Militares como ejército del papado, alude y consigna bibliografía BENITO RUANO, E., «Las Órdenes Militares Españolas y la idea de Cruzada», en *Hispania*, tomo XVI (1956), núm. LXII, págs. 8 y sigs. También puede darnos una idea sobre la conexión de las Órdenes y la sede apostólica el trabajo de GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L., «Las Órdenes Militares como emanación del poder papal, siglos XII-XIII», en *Potere e Ordini...*, *op. cit.* Sobre el valor político de este papel de *defensores* de la cristiandad, puede verse FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «“Imperio de por Si”: La Reformulación del poder Universal en la Temprana Edad Moderna» y «Los Austrias Mayores». «Imperio» y «monarquía católica», ambos en *Fragmentos de Monarquía*. Madrid 1992, págs. 168-181 y 60-85.

⁹ Uno de los motivos de la concesión eran los servicios que habían prestado los reyes castellanos al papado —«por lo que merecieron ser honrados por esta Santa Sede Apostolica, con el nombre de Catolicos»—. No obstante, la principal razón radicaba en la confianza en los que habrían de prestar en un futuro: «Tenemos bien presentes las cosas, que nuestro carísimo en Cristo hijo Carlos, Rey Catolico de Castilla, y de Leon (...) siguiendo las pisadas de sus abuelos Fernando e Isabel (...) y las de sus ascendientes han hecho por la Iglesia Universal (...) y tenemos confianza que cada día con el favor de Dios obrara mas». «Y así mismo sus sucesores estaran apercebidos a obrar en la misma forma». También queda claro que la *extinción* del cargo de maestre, pero no del maestrazgo, tiene por condición que los reyes de Castilla no se aparten, «lo cual Dios no lo quiera, de la obediencia nuestra o de la del Romano Pontífice (...) o de la obediencia o devoción de la Santa Iglesia de Roma, o emprendieren guerra en contra, o directa, o indirectamente la maquinaren, en daño y detrimento de su honra, o de sus cosas, por si, por otro o otros». (En Bula *Dum intra*.)

¹⁰ De la importancia que tuvo para la corona castellana la desaparición de la poderosa y peligrosa figura del maestre, da cuenta el propio rey Fernando en una carta escrita al Sacro Convento de Calatrava: «Assi (con la incorporación) no habra tantos disensiones e motines como hemos experimentado cada día con las condiciones e nuevos gobiernos de los maestros que cada uno quiere seguir su rumbo e parecer, e no todos (...) son afectos e amigos de la paz e corona nuestra» (en JAVIERRE MUR, A., «Fernando el Católico ...», *op. cit.*, pág. 298). También Adriano VI se hace eco de esta idea en la *Bula de Incorporación*: «Y siendo así, que los dichos maestros poseen muchas ciudades, y castillos (...) y si los dichos maestros en algun tiempo se opusieran al Rey, vendria a servir su fundacion de grandes escandalos, y daños para los dichos reinos (...) y estos daños se reconocieron los años pasados, como podemos afirmarlo de vista de ojos cuando asistimos en España gobernando y administrando dichos reinos». FERNÁNDEZ LLAMAZARES, J., en su *Historia Compendiada de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid 1862 y JAVIERRE MUR, A., «Fernando el Católico ...», *op. cit.*, hacen un amplio comentario de cómo Castilla se hubiera sangrado

Así, la impresión que se tiene al analizar la bula *Dum intra* es la de que con la incorporación Adriano VI estaba renovando la *cruzada* en defensa de la Fe que siglos atrás habían formulado y confirmado sus predecesores, y comprometido en ella a los monarcas hispanos como *maestres* de las órdenes que eran. Merece destacarse, en este sentido, la advertencia del papa sobre la obligación que contraían los monarcas de *exaltar* la «Fe católica» y, así mismo, el apercebimiento que se hacía a los caballeros para que «conviden al dicho Rey para la expedicion contra los turcos y otros infieles»¹¹. Ahora bien, si el objeto de la cruzada hasta 1492 había comprometido a las Órdenes en la lucha contra el islam en la península —en la «recuperacion de los reynos que los infieles sarracenos tantos años ha dominan»¹², la sensación que produce la lectura del documento de 1523 es la de que la *cruzada*, además de renovarse, se estaba también reformulando, adaptándose a las nuevas exigencias de la Cristiandad. No debía entenderse que se contraía exclusivamente la obligación de luchar contra los infieles¹³, sino que las Órdenes debían servir también como «escudo y defensa» contra los herejes. De hecho, a la obligación que asumían el «Rey Carlos» y «sus sucesores» de emprender «justisima guerra en honra de Dios, y propagacion de la Fe de Cristo contra los perfidos turcos»,

en su propio desorden sin ligar a las órdenes al poder real. Esta misma idea se lee reiteradamente en GACHARD, M., *Correspondance de Charles-Quint et D'Adrien VI*. Bruselas 1859: «Assimismo suplica á Su St. que, teniendo consideracion, como perssona por cuyas manos ha passado, quanto inconveniente es no estar unidos los maestrazgos de las ordenes (...) y la administracion dellas à la corona real de Castilla, y quanto esto importa à la quietud y perpetua tranquilidad de aquellos reynos ...» (Apéndice B, *Memorial presentado a Adriano VI por el Duque de Sesa, Embajador de Carlos-Quinto en Roma, 1522*. Punto XXVI. Maestrazgos).

¹¹ Esta cita y las que vienen a continuación proceden de la Bula de Incorporación.

¹² Nos abstenemos de insistir aquí sobre la *idea* de cruzada medieval. Ha trabajado en ella BENITO RUANO, E. en «Las Órdenes Militares españolas...», *op. cit.* También del *ideal* de cruzada en la génesis del mundo moderno puede verse ANTELO IGLESIAS, A., «El ideal de cruzada en la Baja Edad Media», en *Cuadernos de Historia*, tomo I (1967), págs. 37-43. De no menor interés, ZERBI, P., *Papato, Imperio e «Respublica Christiana» dal 1187 al 1198*. Milano 1955.

¹³ De todos es sabido que, tras la Incorporación Perpetua, las Órdenes castellanas —como corporación— no se emplearían con demasiada frecuencia en la lucha contra los turcos. Recordemos que para la defensa del Mediterráneo existían galeras de las Órdenes en las que se debían enrolar los caballeros como parte de su noviciado, pero esa obligación era dispensada con frecuencia y además acabó siendo sustituida por el pago de una cantidad en metálico. Que nosotros sepamos, la única Orden que la mantuvo fue la Orden de los Hospitalarios de San Juan, *Lengua* (articulación «nacional» de la Orden) castellana de la de la Orden de Malta. Otra cosa muy distinta es que los caballeros de forma individual, al menos aquéllos que eran militares de ocupación, estuvieran enrolados en la milicia. Ha abordado la cuestión Gutton, y basándose en este trabajo también LAMBERT GORGES, M., «Las Órdenes Militares y la defensa del Mediterráneo», en *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XII-XVIII)*. Casa de Velázquez-Instituto de Estudios Manchegos. Madrid 1989. También FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., en *La Orden Militar...*, *op. cit.*, págs. 114-122. Ver, además, para la Orden de Malta, SPAGNOLETTI, A., *Stato, Aristocrazie e Ordine di Malta nell'Italia Moderna*. Roma 1988. Igualmente el trabajo aún en prensa de P. García Martín. *La Incorporación a la corona del Patrimonio Hispano de la Orden de Malta en Homenaje a D. Miguel Artola Gallego*. U.A.M., 1993 (en prensa).

se añadía la de continuar «la obra santa de paz y unidad de los principes cristianos que deseamos fenecer y acabar, por la necesaria defensa de toda la Republica Cristiana», y sobre todo la de defender «la cristiandad de tan grandes peligros como la amenazan». Todo parece indicar que entre los «grandes peligros» que señalaba el papa tenía un lugar destacado «Martin Lutero, hereje declarado por la Silla Apostolica» y «los de su sequito y otros muchos infieles entregados a las tinieblas de los falsos idolos»¹⁴. En defensa de esta orientación abogarían algunos años después un amplio sector de las Órdenes del que es un claro representante Diego de la Mota, fraile profeso en el convento de Uclés. Como refiere este fraile santiaguista, Adriano VI, en la bula de anexión, «anima y exhorta (a las Órdenes) a la extirpación del hereje Martín Lutero y a la conquista de las Indias y de los moros»¹⁵. El mismo sentido cabe atribuir a la opinión de Rades y Andrada cuando sostiene que obligación de las órdenes es «pelear contra los enemigos de la Fe, sin limitacion alguna» «infieles ó hereges»¹⁶. También parece claro que F. Pizarro y Orellana —Comendador de Vetera en la Orden de Calatrava y Fiscal del Consejo de las Órdenes— era partidario de que la fe islámica no era el único enemigo. Posiblemente ni siquiera el más peligroso de los que por aquellas fechas acechaban a la cristiandad. Por ello insistía en que «la Republica Christiana esta ya libre de guerra con infieles, sustentandola con los hereges de Francia, Flandes y Alemania»¹⁷.

La serie de opiniones que acaba de señalarse y que no pretende ser exhaustiva, nos lleva a mantener algunas reservas en relación con la propuesta historiográfica más al uso y en la que además se apoyan la mayor parte de las investigaciones sobre estas milicias. Es un planteamiento que considera 1492 como el fin de la verdadera historia de las Órdenes. Por consiguiente, su mantenimiento después de esa fecha las convierte en un auténtico *anacro-*

¹⁴ No es sólo la fecha y el contexto lo que nos llevan a pensar así, sino las referencias que a lo largo del texto se hacen. Citamos, a modo de ejemplo, un párrafo que puede leerse unas líneas más abajo del que acabamos de señalar: «... defender la dignidad pontifical, contra el ya dicho Martin Lutero (...) y contra otros que se han querido oponer a nos, y a esta Santa Silla». Por otro lado, en la bula *Superni dispositione consilii* expedida en Roma el 15 de mayo de 1587 por la que se Incorpora la Orden de Montesa, también se hace mención expresa de la obligación que tiene esta Orden de luchar contra los herejes: para que «no solamente defiendan valientemente el reino de Valencia de (...) los infieles sino que ayuden al propio rey contra otros enemigos del nombre cristiano y herejes». (Traducción aún sin publicar de C. Gallardo Mediavilla.)

¹⁵ *Tratado sobre un problema en que se advierte como se ha de pretender el Habito de las Ordenes Militares y los padres encaminar a sus hijos*. Valladolid 1603, pág. 139v.

¹⁶ En una obra cuyo título es *Catalogo de las obligaciones que los comendadores cavalleros, priores, y otros religiosos de la orden, y cavalleria de Calatrava tienen en razon de su avito, y profession, con declaracion de como obligan en el fuero de la consciencia algunos de ellos: y la forma de rezar, que han de guardar los legos*. Toledo 1571, págs. 12 y 16v.

¹⁷ En *Discurso apologetico en gracia y favor de las Ordenes Militares*, pág. 155v. (Es un cuadernillo de poco más de 40 páginas que está publicado al final de la obra de CARO DE TORRES, F., *Historia de las Ordenes...*, op. cit., y del que no conocemos ningún ejemplar exento.)

nismo¹⁸, en la medida que representan la supervivencia en la época moderna de una problemática típicamente medieval: «... fueron fundadas en el siglo XII (...) con la misión de (...) liberar a la península del dominio de la población árabe» (por tanto) «... habían perdido su mayor razón de existencia (...) cuando el reino de Granada (...) cayó en manos cristianas»¹⁹. Ciertamente, vistas así las cosas, las conclusiones no son del todo desacertadas, pero los testimonios anteriormente invocados no sólo permiten discrepar de ellas, sino que además invitan a replantear la cuestión.

Si algo puede deducirse de la bula de Incorporación Perpetua, es la necesidad de abordar las cosas desde una perspectiva distinta. Continuar invocando la expulsión de los árabes de la península como razón de ser de las Órdenes, no es sino hacer una lectura restrictiva de su verdadera misión. En realidad, y para ser exactos, la función para la que fueron instituidas era de una entidad superior: luchar «contra los enemigos de la Fe católica»²⁰ —los que fueran—²¹, y bajo la *auctoritas* del papado²². En consecuencia, su papel ni termi-

¹⁸ «Desde un punto de vista, como se ha visto, las órdenes militares eran anacrónicas una vez que España se había liberado de los moros» (en WRIGHT, L. P., «Las Órdenes Militares ...», *op. cit.*, pág. 21). De «venerables arcaísmos» las califica DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *La Sociedad Española en el siglo XVII*. Vol. I, «El Estamento Nobiliario». Edición facsímil. Granada 1992. Bibliografía y reseñas por A. L. Cortes Peña, pág. 198.

¹⁹ WRIGHT, L. P., «Las Órdenes Militares ...», *op. cit.*, págs. 15-16.

²⁰ Esta es la opinión que expresa Adriano de Utrech en la bula *Dum intra*: «En los reinos de España se han instituido tres ordenes militares de Santiago de la Espada de Calatrava y de Alcántara, solo a fin de que sirvan de firme escudo y defensa contra los enemigos de la Fe católica». También es la de, entre otros, el padre Isla, fraile de la orden de Santiago en el convento de Uclés, capellan de Su Magestad y *maestro* de cavalleros: «se han fundado diversas ordenes y religiones de milicia (que quiere dezir ordenes de cavalleria Christiana) porque por eso se llaman ordenes militares porque son de gente que se dedican a ser militares y cavalleros y soldados christianos y bien creo yo que todos los tales han emprendido un fin (que es la defension y aumento de la fe catholica)», en *Regla dela orden y cavalleria de S. Santiago de la Espada con glosa y declaracion del Maestro Ysla, freyle de la misma orden professo en el convento de Ucles, y capellan de Su Magestad. Un confesionario para que los cavalleros de orden (segun su profession) se confiessen y sus confesores entiendan a lo que son obligados. Tres capitulos historiales del principio y de los fundadores desta orden. Con el catalogo de los maestros y administradores que en ella ha avido hasta Su Magestad. Una instruction de cavalleros de orden para que se instruye de lo que para ser professos, y ser visitados les es necesario saber, todo compuesto por el mismo autor*, Madrid, Juan de Brocar, 1547, 4 hojas, 82 fols., fol. XXV.

²¹ En la misma línea se expresa BENITO RUANO, E., en «Las Órdenes ...», *op. cit.*, págs. 11 y sigs., al señalar la alternancia de designios de las Órdenes Militares en el medievo, en los extremos oriental y occidental de la Cristiandad. «Imposibilitados los primeros (caballeros) de ejercer la guerra contra el infiel en su propia tierra, por inmovilizarlos las treguas que con los moros tienen establecidas sus monarcas», son convocados por el pontífice para la defensa de Tierra Santa o para tratar la amenaza tártara, por poner algún ejemplo.

²² Siguiendo a VILLEY, M., en «L'idée de Croisade chez les juristes du Moyen Age», en *X.º Congreso de Ciencias Históricas*, tomo III, págs. 565-594). E. BENITO RUANO señala que «Aun en las ocasiones en que esta medida fue escasa (organizar y dirigir la cruzada), usurpado su ejercicio por otros poderes, el Pontificado nunca hizo dejación de sus prerrogativas jurisdiccionales al efecto, aun cuando sólo pudiese ser a título meramente nominal. («Las Órdenes Militares ...», *op. cit.*, pág. 9.) En este sentido, tendremos ocasión de comprobar cómo a lo

naba con la expulsión de «los infieles sarracenos», por mucho que algunos sectores se empeñaran en creerlo así, ni siquiera, según opinión de otros, en la propia Castilla, siendo la cristiandad su verdadero marco de acción²³. Al hilo de lo que venimos diciendo, bien ilustrativas son las sugerencias de Fray Diego de la Mota. En su intento de revelar los límites en los que quedaban circunscritas las obligaciones de la orden de Santiago planteaba: «este nombre de Catholicia (fe) significa universal» y, por tanto, la obligación se extendía no sólo a Castilla, sino a la defensa de «toda la Iglesia y aumento de la cristiandad», «de manera que bien clara esta la obligación que tienen los cavalleros de Sanctiago (...) a mirar no solo por la defensa de España mas por el aumento, y multiplicacion desta orden, y de la iglesia Universal, tan perseguida de herejes, y de moros y demas infieles»²⁴. De hecho, los monarcas así lo habían entendido también y la materialización práctica de este compromiso no se hizo esperar. Carlos V convocó a las Órdenes Militares en varias ocasiones. Cuatro veces para luchar contra la «malvada seta de Mahoma» en el oriente europeo —en los territorios patrimoniales de los Habsburgo y en las costas mediterráneas—²⁵; dos para lo que se entendía como «defensa

largo del período aquí considerado se produce el mismo fenómeno. Son muchas las ocasiones, además de las Bulas de Incorporación, en las que la Santa Sede muestra su *auctoritas*.

²³ «Y aunque esta religiosa Cavallería fue instituida en España y cumplio dentro de España las obras de su profesión, hasta recobrar los reinos y Yglesias que en ella injustamente ocupaban los moros, no por eso se ha de dezir, que solamente fue instituida para la defensa de la Yglesia en los reinos de España y tocantes a su Ymperio, porque fuera agraviar la generosidad virtuosa de su profesion (...) y para desengaño delos que piensan lo contrario dice el Prólogo de la Regla, que fue instituida para defendimiento de la St.^a Chatolica Madre Iglesia; Y asi de toda la Yglesia, que, la regla en el cap. 10 dize la Madre Yglesia, y en el cap. 25 la Yglesia de Dios, y en la bula de la Confirmacion, y Prologo de la Regla, la Yglesia Romana», en OCAMPO, F., *Obligaciones de los cavalleros de la religion de Santiago*, s. a., s. l., fol. 38.

²⁴ Las citas en MOTA, D. de la, *Tratado sobre un problema...*, op. cit., págs. 79, 76, 77 respectivamente. Esta concepción defendida por Mota, entre otros muchos, chocaba abiertamente con los criterios defendidos por otro grupo con representante sobre todo fuera de las Órdenes. Dicho grupo sostenía una postura más tradicional considerando que obligación de estas milicias era exclusivamente luchar contra el islam y además para defensa de su «propia tierra». Por ello abogaban para que los caballeros fueran enviados a los presidios del norte de África, desde donde defenderían su «patria» de las invasiones del islam y «la costa Mediterránea frente a los piratas del norte de África» (A.G.S. «Parecer que se dio al Emperador Carlos V» [1527] y Actas de las Cortes de Castilla, Madrid 1865, V, págs. 33-35, petición XV); todavía un siglo después se seguía defendiendo esta idea: «evitarían la vulnerabilidad de España ante un ataque conjunto de Muley Ismaíl desde Marruecos aliado con Luis XIV». (Obra de un arbitrista anónimo impresa con una introducción de David Torra bajo el título de *Las Órdenes Militares y Marruecos*, Tetuán 1954.) Estas y otras muchas referencias en el mismo sentido en WRIGHT, L. P., «Las Órdenes Militares en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. La encarnación institucional de una tradición histórica», en ELLIOT, J. H. (Ed.), *Poder y sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona 1982, págs. 22-23.

²⁵ «... ante la amenaza turca en el oriente europeo, en los dominios imperiales sujetos a Carlos V, debido a la derrota de los húngaros en Mohacs, el 29 de agosto de 1526, se convocó a los caballeros de Calatrava (...) para que estuviesen listos para la lucha y se presentasen en Valladolid el 2 de febrero de 1527. La amenaza de un desembarco turco en las costas españolas originó una nueva llamada (...) en 1532» «... ante la entrada en Mayorca de las galeras turcas

de la patria» —el ataque francés a Perpignan y Navarra—; sin olvidar la no menos significativa participación de las Órdenes en las primeras fases de la conquista de América²⁶. En relación a lo que venimos diciendo, y sin pretensión de entrar aquí en detalles, merece destacarse la imagen que sugiere M. Lambert Gorges del caballero *matamoros* convertido en *mataindios*. En el mismo trabajo comenta como «... la croix de sang en forme d'épée —symbole de l'Ordre de Saint Jacques— réapparaissent sur mer et sur terre, sur tous les fronts de Nouvelle Espagne ou de Nouvelle Castille»²⁷. Sin embargo, aunque no dudamos que algo de esto pueda haber, no parece que deban exagerarse las actuaciones militares de las Órdenes en esta época. Sobre todo cuando su participación en la conquista de América no llegó a cuajar y cuando tampoco está nada claro cuál fue su respuesta a los llamamientos que acabamos de mencionar²⁸. Por el contrario, los acontecimientos acabarían por demostrar que los monarcas ni quisieron movilizar las órdenes²⁹, ni siquiera

(...) la monarquía convocó a los caballeros de órdenes». La última convocatoria conocida en el siglo tuvo lugar en (...) 1597 (...) el motivo fue la noticia de la puesta en marcha de un nuevo ataque de los turcos» en FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., *La Orden de Calatrava...*, op. cit., pág. 118. Sobre la convocatoria militar de las Órdenes entre la Incorporación Temporal y la Perpetua informa también Fernández Izquierdo, págs. 115-116. Igualmente puede verse también LAMBERT GORGES, M., «Le Roi, les Ordres et le péril barbaresque: un exemple d'utilisation des ordres militaires castillans par le poivroy royal dans l'Espagne du XVI^e siècle», en *Coloquio, Potere e Ordini...* (ejemplar mecanografiado).

²⁶ Sobre esta cuestión puede verse, entre otros, PEÑAFIEL Y ARAUJO, A., *Obligaciones y excelencias de las tres Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara*. Madrid 1843, págs. 143v y sigs. Esta es la razón de que las Órdenes dispusieran de algún patrimonio en las islas del Caribe, que sería vendido al no continuar su acción en esta zona. Ver sobre esto FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., *La Orden de...*, op. cit., pág. 181.

²⁷ En «Les Ordres Militaires et les Indes ou la Recherche d'une Identité Perdue (xv^e-xviii^e siècles)», en *Eglise et politique en Amérique Hispanique. (XVI-XVIII^e siècles). Elements pour un débat*. Actes de la Table Ronde organisée à la Casa de Velázquez. Bordeaux 1984, págs. 51-64. En esta obra aparece una sugerente hipótesis, aún sin desarrollar, sobre la utilización en la colonización de América del modelo administrativo de las Órdenes.

²⁸ Estos llamamientos, que suponemos ha tomado de los libros de Registro de la Orden de Calatrava FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., en *La Orden Militar...*, op. cit., págs. 114 y sigs., y que requieren todavía una puntual investigación, pueden ser indicativos de la voluntad real, pero no implican necesariamente ni que la respuesta fuera un éxito, ni siquiera que llegaran a materializarse. En este sentido, puede ser esclarecedor nuestro trabajo «Notas para un fracaso: La convocatoria de las órdenes militares en 1640-1645», en *Coloquio Hispano-Francés sobre las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XII-XVIII)*, Madrid-Almagro. Casa de Velázquez-Instituto de Estudios Manchegos, 1983, págs. 397-414. Madrid 1989. Nosotros suponemos que posiblemente fueran un fracaso. Para ello nos basamos en el escaso eco que tuvieron y en que CARO DE TORRES, en su *Historia de las Órdenes...*, op. cit., dedicada a ensalzar la gloria militar de estas caballerías hasta el reinado de Felipe II, apenas hace mención de ellos.

²⁹ En los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, solamente fueron convocadas en tres ocasiones y, que nosotros sepamos, con escaso éxito. Se convocó a las Órdenes en el levantamiento morisco de las Alpujarras en 1569. Se las volvió a convocar en 1597 ante la amenaza de los turcos en el Mediterráneo y, finalmente, en 1640 para la defensa de Cataluña. FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., *La Orden de Calatrava...*, op. cit., págs. 118-119. Los dos llama-

mostraron interés por mantenerlas como cuerpo militar³⁰. Sin embargo, esto no quiere decir que estuvieran dispuestos a desaprovechar los medios que con la incorporación les había brindado el papado para asegurar el triunfo del catolicismo. Por esto utilizarían las Órdenes para luchar contra infieles, herejes y conversos, aunque para ello se tuvieran que propiciar en estas milicias profundos cambios.

En efecto, prescindiendo por el momento de otros aspectos a los que más adelante nos referiremos, interesa señalar que la serie de medidas que, desde fecha temprana se tomaron en relación a los caballeros de hábito³¹, apuntaban en el sentido de una nueva orientación. De cualquier forma, conviene tener en cuenta que se siguió manteniendo la estructura militar de las órdenes³². Además, y paradójicamente, cuanto más lejano estaba su papel militar, con más fuerza se mantenía su deseo de definirse como una organización combatiente³³. No obstante, y aunque no se trataba de alterar el compromiso

mientos primeros no están estudiados, por tanto no se sabe nada del resultado. Para el último puede verse nuestro «Notas para un fracaso...», *op. cit.*

³⁰ Sobre lo que aquí se afirma, ver el trabajo de LAMBERT GORGES, M., *Basques et Navarrais...*, *op. cit.*, pág. 92, donde se menciona que: «On sait qu'en 1580-1620, à la suite de différents coups portés par la royauté, l'Ordre (Santiago) s'est vu limité dans son rôle primitif de milice active». En este mismo trabajo, pero apoyándose en F. GUTTON, señala que «... les rois catholiques avaient retiré aux Ordres leur monopole de corps militaires permanents». Esto no quiere decir que los caballeros hubieran perdido sus obligaciones militares. Continuamente se les instaba a que individualmente fueran a defender la fe, aunque en la Orden no recibieran ninguna educación militar, ni fuera exigencia para vestir un hábito ser soldado: «que se ejerciten en la milicia contra los moros y enemigos de la Fe, o de la patria, a lo cual les ha de instar mucho la cruz colorada que traen en los pechos» (DE LA MOTA, D., *Tratado sobre un problema...*, *op. cit.*, pág. 27).

³¹ Nos referimos en concreto a reformas y proyectos de reforma que propiciadas desde la corona se desarrollan a finales del siglo XIV y, sobre todo, en el siglo XV, aunque no encuentren verdaderas posibilidades de realización hasta el reinado de los Reyes Católicos. Por lo que hasta ahora hemos visto, en todos los casos la *estrategia* reformista era la misma. No se puede decir que estuviera encaminada ni al ejército, ni a la disciplina militar ni a nada que tuviera que ver con la milicia. Por el contrario, iba dirigida a acabar con los contrastes entre el ideal y la realidad que se percibían con mayor claridad en las costumbres de los caballeros y los frailes. Se trataba de una renovación moral y religiosa que sanease su vida y la afianzara en un nivel espiritual más conforme a su misión. Una vida que se había ido degradando progresivamente en la época medieval y que estaba muy lejos de lo que se esperaba de un caballero llamado a defender la Iglesia de Cristo. Ese es el sentido que tiene la Reforma de los conventos de las Órdenes hecha por los Reyes Católicos, y de muchos de los sucesivos establecimientos y definiciones probadas por los Capítulos Generales y otras modificaciones que tuvieron lugar en el período señalado. Sobre estas cuestiones, ver LAMBERT GORGES, M., «Le brevier du bon enqueteur, ou trois siècles d'information sur les candidats à l'habit des ordres militaires», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XVIII (1982), 165-197; FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F., *La Orden de Calatrava...*, *op. cit.*, y nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*

³² Se mantuvieron todas las obligaciones militares de los caballeros, pero únicamente de forma testimonial. El servicio en galeras que se exigía en el noviciado era dispensado, las más de las veces, cuando no era conmutado por el pago de una cantidad en metálico. De la misma forma se mantuvo toda la simbología militar: ceremonial de toma de hábito, uniforme, pen-dones, etc.

³³ Como señaló en pr. Mozarelli, en una Mesa Redonda sobre Órdenes Militares en la

de la incorporación, pronto pudo comprobarse que para la «defensa y ensalzamiento de la Santa Fe Catholica», los monarcas se iban a servir de las Órdenes de una forma distinta. Aunque no querían, ni podían, mantener las Órdenes como cuerpo militar³⁴, sin embargo, nada impedía desarrollar su otra dimensión: la de institutos monásticos³⁵. De aquí que, ante los nuevos desafíos que le había tocado vivir a la cristiandad, su misión de defender la «Fe Catholica» les llevaría a convertirse en una fuerza moral de la Contrarreforma y de la Reforma Católica³⁶. En 1547, el padre Isla, en una obra destinada a servir de guía a los caballeros, no dudaba en escribir: «... que crezca tanto esta santa orden en lo espiritual y religioso, que ya no se exercite en aquel primero intento y fin contra **infieles**, se exercite y crezca en virtud, religion y perfeccion entre los **fieles**»³⁷.



Europa Mediterránea (Florenia, Instituto Universitario Europeo, septiembre 1993), la razón fundamental por la cual siguen defendiendo su papel militar se debe a que son cuerpos que para proyectarse sobre el futuro se apoyan en el pasado.

³⁴ En caso de haberlo querido tampoco está nada claro que hubieran podido hacerlo, pues para ello hubiera sido necesario el acuerdo de los caballeros. Por lo que sabemos, el acuerdo parecía del todo incierto. No debemos olvidar que desde la toma de Sevilla en 1248, en que la población árabe había sido confinada al reino de Granada, su participación en la milicia en defensa de la fe había sido más excepcional que otra cosa.

³⁵ Recordemos que las Órdenes habían nacido como institutos monásticos y como cuerpos militares. Sobre esa identidad dual puede verse, entre otros, ÁLVAREZ DE ARAUJO Y CUELLAR, A., *Las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. Su organización y estado actual*. Madrid 1897, pág. 7, y, sobre todo, GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L., «Las Órdenes Militares como emanación del poder papal...», *potere e ordini*, op. cit. También en *Catholicism and Spanish Society under Philip II, 1555-1598 and Philip III, 1598-1621*. New York 1991, pág. 199, se enfatiza la idea de que las Órdenes Militares eran, después de todo, órdenes religiosas. Es muy esclarecedor, en este sentido, la explicación que da el Padre Isla: «Mirando al fin principal de esta orden (Santiago), (...) hallaremos que en ésta se emprendieron dos vidas (conviene a saber la contemplativa de María y la activa de Martha). La activa de Martha, en tomar cargo de la fe: no solo para creerla sino para defender a los que la creyan; y estar a los infieles y contradictores della. La contemplativa de María, que en el tiempo que les vagare se obligaban a orar, rezar contemplar (...) ambas vidas se biven en esta orden, y se juran y se votan» (en *Regla de la orden...*, op. cit., fol. XXII).

³⁶ Seguimos utilizando aquí los conceptos clásicos propuestos por Jedin de «Reforma católica y Contrarreforma». Aunque este marco conceptual ha sido cuestionado por algunas de las últimas investigaciones en este terreno, sigue sin saberse qué marco terminológico puede adoptarse con mayores garantías. Para la discusión sobre el tema puede verse LUTZ, H., «Papado. Reforma Católica. Contrarreforma», en *Reforma Católica y Contrarreforma*. Madrid 1992, págs. 262-267.

³⁷ El subrayado infieles-fieles es nuestro. Con él queremos destacar el paso del caballero que lucha contra infieles al que sirve de ejemplo a los fieles. Para mayor claridad reproducimos el texto completo: «pero no quiero dejar de encomendar a todo el mundo que mire bien lo que agora quiero dezir desta orden (Santiago), contando y escribiendo verdad, qual se pide tal materia como esta, pues voy a dezir cosa que a no ser verdad se me podria negar a ojos vistas contradiezir y reprehender. Y es que aun que esta orden parezca (a quien la mira de lejos y no la entiende) que cayo ya de su primero fin, y se olvido ya de aquellos santos y perfetissimos principios que tuvo en su primera intencion y de la empresa que tomo en su

2. Esta es, por tanto, nuestra tesis sobre el papel de las órdenes castellanas en el período confesional, un papel que quizás se había comenzado a gestar en una fase anterior³⁸, pero que se configuró definitivamente en el reinado de Felipe II³⁹. Fue en este período cuando se les asignó la clara misión de ser imagen de los intereses, modos de vida e ideales de una *Nobleza Católica*. En ese sentido se puede decir que estaban llamadas a regular, en la época de la Contrarreforma, la catolización de la vida cotidiana de las élites⁴⁰. Así pues, las décadas centrales del siglo xvi serían testigo de la readaptación de las Órdenes a un nuevo papel: **preservar la nobleza de la Monarquía del contagio con «hereges, scismaticos, gentiles y mahometanos» haciendo voto de vivir católicamente en la obediencia de la Santa Iglesia Apostólica Romana**. De hecho, por aquellas fechas estaba claramente asumido que los nobles del *Rey Católico* y de la *Monarquía Católica* debían ser cató-

nacimiento y origen, pero bien entendiendola y paseandola se podran ver y ojear en ella cosas de grandissimo tomo Importantissimas, y de grande perfeccion, exemplo y provecho y muy diversissimos generos de vida christiana (...) y crezca tanto esta santa orden en lo espiritual y religioso, que ya no se exercite en aquel primero intento y fin contra infieles, se exercite y crezca en virtud, religion y perfeccion entre los fieles» (*Regla de la orden...*, *op. cit.*, fol. XXIII).

³⁸ Entre los primeros elementos que sirven de base al nuevo papel de las Órdenes, en la medida en que inicia el discurso moralizador que servirá de guía a la *Nobleza Católica*, se incluyen los proyectos de reforma que se desarrollan en el siglo xv. Estos proyectos iban encaminados a acabar con los contrastes entre el ideal y la realidad que se percibían con mayor claridad en las costumbres de los caballeros. Es decir, se trataba de una primera renovación moral y religiosa que siguiendo las exigencias de la Regla afianzara su vida en un nivel espiritual más acorde con lo que se esperaba de un caballero cristiano. Ya a fines del siglo xv se dan las primeras señas de identidad del modelo. Por esas fechas es cuando por primera vez se fijan unos requisitos para vestir el hábito. Son exigencias que no puede decirse que sean verdaderamente nuevas, pero lo que les hace presentarse como novedad es que si antes se daban por sobreentendidas, ahora por primera vez se formulan y se exigen. En esa dirección hay que entender también la publicación de la obra *Reformación de los conventos de la Orden de Santiago* hecha por los Reyes Católicos, y la reedición en 1567 de esta obra «Con enmiendas y añadidos» hechos por el padre A. de Luzón, fraile de la Orden de Santiago. De hecho, sin reformar los monasterios, las costumbres y, en general, la vida de los frailes, que eran los responsables de la formación espiritual de los caballeros, difícilmente podían mejorar las costumbres de éstos.

³⁹ J. RAMBAUD CABELLO señala también el carácter confesional de la Orden del Toisón en el reinado de Felipe II. «La Orden del Toisón de Oro: Integración de noblezas y política dinástica de los Habsburgo», en *Potere e Ordini Militari...*, *op. cit.*

⁴⁰ Se aborda la cuestión, señalando la importancia que adquiere la reeducación de los laicos tras el concilio de Trento, en *Catholicism and Spanish Society...*, *op. cit.*, pág. 193.

⁴¹ PORTILLA Y DUQUE, F., religioso de la Orden de Santiago, capellán de S. Magestad y tratadista de la nobleza, en una obra encaminada a explicar lo que debe «calificar y perfeccionar a un caballero» titulada *Tratado de lo que es nobleza y milicia, y de su antigüedad y fin para que se ordeno*, hace una defensa de la necesidad de que la nobleza sea católica y además esté obligada por juramento a defender la religion que es el «principal fundamento de la Republica». Este tratado aparece incluido en una reedición que hizo el propio Portilla de la obra del maestro Ysla de 1547: *Regla de la Orden y cavalleria de S. Santiago de la Espada con la glosa y declaracion del maestro Ysla. Va añadida una tabla de materias, con un tratado de la nobleza, compuesto por el Doctor Francisco de la Portilla*, Anvers, Imprenta Plantiniana, 1598. Volveremos a este texto en páginas posteriores. Sobre la idea de una nobleza confesional puede

licos también⁴¹. Era este un nuevo papel que, siguiendo los indicios que poseemos, no se puede decir que fuera exclusivo de las Órdenes castellanas. Como señala el jesuita Peñafiel y Araujo, las Órdenes Militares servían «para que la nobleza del mundo, que tiene por la mayor parte tan postrado el gusto y apetito para quanto sabe a cruz, se arrastrasse à ella»⁴². Al hilo de lo que venimos diciendo, igualmente esclarecedor es el fin que se reconoce a la Orden francesa del Sancti Spiritus⁴³, fundada por Enrique III en 1578⁴⁴: «preservar la nobleza de su Reyno de la infeccion mortal de las heregias, (...) haciendo notoriamente profesion de la Religion Catholica, Apostolica, Romana, y protestando querer vivir, y morir en ella, (...): y assimismo para decorar, y honrar demàs en mas el orden, y el estado de la nobleza en este nuestro Reyno, y volverle à su anciana dignidad, y esplendor»⁴⁵.

Sin embargo, la aceptación de la nueva misión de las Órdenes no resultó sencilla. Así lo pone de manifiesto el hecho de que Francisco de Rades, fraile del hábito de Calatrava y capellán de Felipe II, tuviera que defender que ahora los caballeros de la Orden servían a Dios con el «exercicio de la perfection», en lugar de con las armas, como «otros le sirven predicando, y otros dandose à la contemplacion y meditacion»⁴⁶. En el mismo sentido Diego de

verse CAUMONT, Jehan de, tratadista nobiliario del siglo XVI, en su obra: *De la vertu de la noblesse, aux roys et princes très chrestiens*, París 1585.

⁴² PEÑAFIEL Y ARAUJO, A., *Obligaciones y excelencias de las tres Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcantara*, copiado por el R.P. ... de la Compañía de Jesús, catedrático de Prima Theología en el colegio de Lima. Sacada a la luz por el Licenciado D. Pedro Pineda, Madrid 1643. Dedicatoria s/p. En la misma dirección se expresa HERAS Y BUENDÍA, I., *Resumen de Historia Eclesiástica*, Ciudad Real 1902. «Las Órdenes de Caballería ejercieron saludable influencia en Europa, pues contribuyeron à afirmar la Fe Cristiana en la nobleza», pág. 185.

⁴³ Para la Orden de Sancti Spiritus, J. Boutier está preparando un trabajo de crítica bibliográfica que verá la luz en breve.

⁴⁴ Nótese la fecha tan tardía de la fundación de la Orden de Sancti Spiritu. Una orden como otras tantas fundadas en plena Contrarreforma. Que nosotros conozcamos la Orden Militar de San Esteban de Florencia (siglo XVI); Nuestra Señora del Monte Carmelo de Francia (finales del siglo XVI); la Orden Militar de San Pedro y San Pablo de Roma; la de San Jorge, fundada por Alexandro VI; la de San Antoni, por Paulo III; Nuestra Señora del Loreto (siglo XVI); San Marcos de Venecia (siglo XVI); la Orden Militar del Redemptor, en Mantua (principios del siglo XVII), etc. En el año 1682 el padre Mendo hacía una relación de las órdenes que había en la cristiandad y señalaba más de 50. En *De las Ordenes Militares, de sus principios, gobierno, privilegios, obligaciones y de todas las cosas morales que pertenecen a los cavalleros, y religiosos de las mismas ordenes*, sacada la sustancia sin traduccion del tomo latino. Madrid, Juan García, 1681, págs. 4-27.

⁴⁵ En SALAZAR Y CASTRO, L., *Papel que escribio — con motivo de haber admitido el habito de Sancti Spiritu el Duque de Medina Sidonia y el Marques de Villafranca, quitandose las insignias de cavalleros de Santiago*. Madrid, s. i., 1703, pág. 5. No conocemos ningún trabajo que se haya orientado hacia estas cuestiones, pero de la lectura de la obra de algunos de nuestros colegas, pueden extraerse indicios: SPAGNOLETTI, A., en *Cuando S. Juan se hizo Malta* (obra todavía sin publicar de la que conocemos un ejemplar mecanografiado) señala la orden de Malta como portadora del «bagaglio di sapere típico de la civiltà aristocratica dell'Europa cattolica». Conversaciones mantenidas con el profesor F. Andrés Robres para la Orden de Montesa, y con F. Olival para las Órdenes portuguesas, parecen señalar en la misma dirección.

⁴⁶ Viniendo de Rades no era precisamente una valoración a desechar. Como ya hemos señalado era capellán de S. M. y confesor de los caballeros de Calatrava que residían en la

Cabranes, publicista del nuevo papel de las Órdenes⁴⁷, intentó reforzar estos argumentos haciendo notar que ahora el «habito y armadura» eran espirituales. Ambos testimonios permiten adivinar que el cambio no gozaba de total aceptación. Es decir, la *reforma* de las órdenes, aunque contaba con el apoyo decidido de un amplio círculo próximo al monarca⁴⁸, chocaba abiertamente con los criterios de sectores no menos amplios⁴⁹. Por eso no es casual que, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, la propia monarquía impulsara una labor doctrinal encaminada a legitimar la nueva misión de las Órdenes. De forma progresiva la publicística va haciendo desaparecer la imagen tradicional del noble-guerrero para en su lugar levantar la del *Noble Católico*, encarnado en el caballero de las órdenes militares: «... que de un hombre religioso se haga un casado, quedando religioso⁵⁰; y que de un hombre soldado, belicoso, conquistador, se haga un hombre humilde, pacífico, manso y limosnero»⁵¹.

La propuesta del hombre nuevo que sugerían los textos se acompañaba de un modelo a seguir. Como guía básica de su comportamiento, bien es verdad que de forma un tanto testimonial, se situaba la Regla de la Orden

Corte, y a «una jornada de ella». La cita procede del *Catálogo de las obligaciones...*, *op. cit.*, pág. 11v.

⁴⁷ CABRANES, Diego de, *Habito y armadura espiritual*. Madrid 1544. Es un tratado político-moral que no se refiere exclusivamente a las Órdenes Militares, pero que está escrito por un religioso muy próximo a ellas. Como señala M. Lambert Gorges, refiriéndose a esta obra: «permite de replacer dans une contexte historico-social certains préoccupations qui animent les responsables des Ordres». (En *Le breviaire du bon...*, *op. cit.*). También en la Dedicatoria (s. p.) de la *Regla y Establecimientos de la Orden del Señor Santiago*. León, Pedro de Celada, 1555. Pueden leerse frases similares: «nuestras armas (de la Orden) no son corporales, ni visibles, si no incorpales, y invisibles»; o nuestra guerra está «en la vida Christiana, donde se hace la más peligrosa guerra de emprender, y la mas dificultosa de vencer de todas las guerras del mundo».

⁴⁸ Cuatro de los mayores defensores de la nueva orientación eran capellanes de S. M., Rades y Andrada, Ocampo, Mota y Martín de Ayala.

⁴⁹ Remitimos a la bibliografía que citamos en la nota número 24. A ella queremos añadir: RAMÓN ZAPATER, M., en su *Cister militante en la campaña de la Iglesia contra la Sarracena furia. Historia General de las Ilustrisimas Inclitas y nobilissimas cavallerias del templo de Salomon, Calatrava, Alcantara, Avis, Montesa y Christo*. Por — Lector de Theologia en la Universidad de Salamanca. Cronista del Reyno de Aragon y de la Sagrada Orden del Cister, en su Real monasterio de Rueda, Dedicado a los Ilmos. ss. Diputados del Reyno de Aragon. S. i., 1662. Se trata fundamentalmente de una historia medieval de las Órdenes con pocas alusiones a la época moderna. Cuando hace referencia a ese período es para criticar abiertamente la «relajación en su disciplina» que tuvieron las Órdenes con Felipe II, III y IV. Para este autor, todo lo que no fuera la lucha contra el Islam significaba una desviación de sus fines originales.

⁵⁰ Recordar que en las Órdenes de Calatrava y Alcántara se sustituyó el celibato que exigía el voto de castidad por la fidelidad conyugal, de acuerdo a la bula de Paulo III de 1540: Esta bula, además de en los bularios, puede leerse traducida al castellano en URRÁ, A. de, *Sencillas observaciones acerca de la Prerrogativa Maestral*, Madrid 1851. Por el contrario, en la Orden de Santiago estuvo siempre permitido el matrimonio de los religiosos.

⁵¹ MOTA, D. de la, *Tratado sobre un problema...*, *op. cit.*, pág. 2. Igualmente ilustrativa de lo que venimos diciendo es la imagen que pinta el padre Isla con el paso del caballero que lucha contra *infielos* al que sirve de ejemplo a los *fieles*, ver nota 37.

—que es lo «que llaman forma de vivir»⁵². Se reconocía formalmente que por ella y por los Establecimientos y Definiciones⁵³ que la complementaban, los caballeros debían «reglar y nivelar sus obras, palabras, y desseos»⁵⁴. Las disposiciones que se recogían en este *cuerpo normativo*, aunque se intentaba que fueran la base del comportamiento de los caballeros, al menos en el plano interno, contenían exigencias que, por estar fuera del contexto en que fueron creadas, se percibían como *anacrónicas*. Por eso, se les añadieron una serie de «recomendaciones y mandamientos» recogidos en las guías espirituales que a tal efecto se encargó redactar desde mediados del siglo XVI a confesores y *maestros*⁵⁵ de caballeros. En muchos aspectos se consideraba que dichas guías respondían mejor que la Regla a las exigencias de lo que por aquellas fechas se esperaba de la *Nobleza Católica*⁵⁶.

No es casual que la redacción de una de las primeras de estas guías se encomendara al por entonces obispo de Guadix, Martín Pérez de Ayala. Era por su formación la persona apropiada para la «rehabilitación espiritual»⁵⁷

⁵² De la MOTA señalaba como una de las principales obligaciones de los caballeros de Santiago leer a diario la Regla, *Tratado sobre...*, *op. cit.*, pág. 37. También se señalaba como obligación de los caballeros de Alcántara «tener la Regla de San Benito y las Definiciones capitulares», en *Manera de rezar las horas canonicas los comendadores y caballeros de la orden de Alcantara. Incluye obligaciones de los caballeros y la Regla*. Madrid 1663.

⁵³ En los Establecimientos y Definiciones que hicieron los Capítulos Generales desde el reinado de Felipe II hasta el de Felipe IV pueden leerse numerosas recomendaciones en este sentido. Véase, por ejemplo, *Diffiniciones de la Orden y cavalleria de Calatrava con relación de su institución, Regla y approbación*, bajo la dirección de F. RADES Y ANDRADA. Madrid 1576. También *La Regla y Establecimientos de la Cavalleria de Santiago de la Espada. Con la historia del origen y principio della*, compuesta y ordenada por el Licenciado GARCÍA DE MEDRANO, Valladolid 1603.

⁵⁴ En el prólogo (s/p) de las *Diffiniciones de la Orden de Calatrava...* (1576), *op. cit.*

⁵⁵ En el significado del oficio del *maestro de caballeros* nos detendremos más adelante.

⁵⁶ A falta de un criterio mejor, relacionamos las guías de caballeros por orden cronológico. Se puede hablar de dos *oleadas* distintas. De la primera cabe señalar la obra del padre ISLA, *Regla de la orden y cavalleria...*, *op. cit.*, tanto la edición de 1547 como la reedición que preparó en 1598 F. DE PORTILLA Y DUQUE incluye el *Tratado de lo que es la nobleza...*, *op. cit.*; PÉREZ DE AYALA, M., *Compendio y declaración de lo que son obligados a guardar, los Cavalleros de la Orden de Santiago, assi por los votos, fin de su Orden y disposicion de su Regla, como por los estatutos y lobales usos y costumbres della. Juntamente con un breve tratado para bien confesar*. Trento 1552; RADES Y ANDRADA, F., *Catálogo de las obligaciones...*, *op. cit.* Con MOTA, D. de la, *Tratado sobre un problema...*, *op. cit.*, se puede decir que comienza la segunda oleada. Creemos necesario señalar que no presenta grandes novedades en relación con la anterior. Realmente no hace sino repetir sus principales argumentos. Quizás la mayor excepción la constituya PEÑAFIEL Y ARAUJO, A., *Obligaciones y excelencias...*, *op. cit.* Por el contrario, OCAMPO, F. de, *Obligaciones de los cavalleros...*, *op. cit.*; y la obra *Manera de rezar... y obligaciones que tienen los comendadores y cavalleros de la orden de Alcántara...*, *op. cit.*, se utilizan fundamentalmente los planteamientos de Ayala. Por otro lado, puede considerarse igualmente una guía espiritual de caballeros la obra de CABRANES, D., *Hábito y armadura...*, *op. cit.*, con las salvedades que se indican en la nota 47.

⁵⁷ AYALA indica en el prólogo que lo que intenta es que «se cumpliese mejor con el instituto y fin de ella (orden) de lo que se cumple» y que la «pestilencia de ese descuido (a lo que yo entiendo) parte nace de no entender bien muchos Cavalleros a lo que son obligados, parte, por parecerles que por razon del habito y orden que toman no son obligados quasi

de unos caballeros que estaban llamados a defender con su ejemplo la Iglesia Católica frente a «hereges moros y demas infieles». Conocía «la doctrina de los hereges, cuyos libros habia bien pasado y ventilado»⁵⁸; el espíritu de Trento; y la Regla de la Orden de Santiago⁵⁹. No obstante, y contra lo que pudiera parecer en un principio, la propuesta de Ayala, aunque rigurosa —estaba apoyada tanto en «los votos como en el fin, regla, estatutos, y buenas costumbres que profesan (los caballeros)»⁶⁰—, parecía algo moderada, al menos en relación con las que habrían de venir después. Sus opiniones a propósito de las obligaciones de los caballeros hacían pensar —aunque él indicara exactamente lo contrario— que las exigencias del hábito superaban muy poco a las de cualquier otro cristiano⁶¹. Sin embargo, si hemos de creer al obispo, al menos desde un punto de vista práctico, no puede decirse que la moderación no

acosa, porque los votos pareceles que no los obligan, pues la practica y modo de bivar que se tiene de ordinario, los contradize los demas preceptos, o estan dispensados, o por costumbres contrarias derogados, asi que no se les queda nada (a su parecer) porque devan tener vida diferenciada de los comunes Christianos», en *Compendio y declaracion...*, *op. cit.*, Prólogo sin paginar.

⁵⁸ Abundante información sobre su biografía puede leerse en *Espanoles en Trento*, de GUTIÉRREZ, C., págs. 775-792. En ella se cuenta que M. de Ayala participó en la elaboración del *Interim*. Además fue enviado al Concilio de Trento en dos ocasiones: 1546 y 1551, participando en tres «deputaciones conciliares»: la que redactó los «Cánones de Eucaristía», la que «Sistematizó la doctrina de la penitencia y extremaunción» y la que «formó los cánones en esa misma materia». Entre 1548 y 1551 parece que se centró en la rehabilitación espiritual de los «ilustres y muy magnificos señores, los cavalleros de la orden de Santiago de la Espada», porque estaba «muy descuidada» y para ellos escribió la guía.

⁵⁹ Había nacido en Segura de la Sierra, pueblo de la Orden de Santiago, y en 1525 ingresaría en esta Orden como clérigo, y sería también capellán de S. M. para la Orden, en GUTIÉRREZ, C., *Espanoles en Trento*, *op. cit.*, págs. 775-792.

⁶⁰ En *Compendio y obligacion...*, *op. cit.*, Prólogo sin numeración. Aunque basa las obligaciones de los caballeros en las exigencias de la Regla de los estatutos y de los votos, en realidad donde verdaderamente insiste es en las que se derivan de los votos. Por el de pobreza los caballeros de Santiago estaban obligados a «tener un animo y proposito» de ser administradores de los bienes, más que «verdaderos señores y propietarios, lo cual significaba no poner «el corazon en ellos de manera que dios se ofenda» y que esté dispuesto a «dexar, o gastar de otra manera que el los dexara o gastara» siempre que se lo mandara el superior, y bien entendido que se refería únicamente a los bienes que tuviere de la orden. Voto de castidad, «no es propiamente voto, por que aquello a que el hombre se esta obligado por la ley de dios parece que no ay necesidad que se obligue por via de voto». El caballero casado «no puede ir contra la fidelidad del matrimonio» y el soltero deberá «abstenerse de todo acceso carnal como la ley divina lo dispone». Por el voto de obediencia se obliga a «tener una eficaz preparacion de animo y voluntad, para poner por obra todo lo que su maestre o administrador o quien tuviere las veces le mandare» (págs. 3-79).

⁶¹ Un argumento a favor de lo que venimos diciendo es que junto a la guía de caballeros se incluía «una brevissima y substancial manera de examinar la conciencia». Esta guía, utilizando sus propias palabras, era «apta para qualquier catholico». Diffícilmente podía Ayala estar ofreciendo a los caballeros una ayuda para «bien confesar» que no se ajustara al comportamiento que se esperaba de ellos. Además, MOTA, en su *Tratado...*, *op. cit.*, págs. 24 y 25, indica: «D. Martin de Ayala Obispo de Guadix y despues Arzobispo de Valencia por no entender bien a que son obligados (los caballeros) y parecerle que por razon de habito, y orden que toman no son obligados a tener vida diferenciada de los comunes christianos...», *op. cit.*, págs. 24-25.

estuviera a la altura de las circunstancias. Hubiera sido difícil cargar con lo que Rades llamaría después las «pesadas obligaciones» de un hábito, a unos individuos que «parte por ignorancia, parte por una negligencia mezclada con menosprecio» llevaban una vida, en el mejor de los casos, muy poco «diferenciada de los comunes Christianos»⁶².

Si pudiera quedar alguna duda sobre la relativa moderación del *Compendio* de Ayala, la publicación algunos años después del *Catálogo* de Rades⁶³ venía a solventarla. Rades no señalaba como obligación prioritaria de los caballeros de Calatrava⁶⁴ el cumplimiento de unos votos «disminuidos en la sustancia» por bulas pontificias. El tratadista iba mucho más allá, pues, amparándose en lo que entendía como una obligación propia de «Religiosos», exigía nada menos que «la perfeccion de la vida Christiana». No obstante, después rectificaría y suavizaría esta exigencia, indicando que sería suficiente con tener voluntad de conseguirla, es decir, con «procurar alcanzarla»⁶⁵. En

⁶² PÉREZ DE AYALA, M., *Compendio y obligación...*, op. cit. Prólogo s/p. En él se señala también que se había escrito la guía pensando, sobre todo, en los caballeros que estaban en Italia y en el Imperio, «donde hay mas necesidad, por aver muchos Cavalleros desta orden que de todo punto ignoran lo que son obligados, ni tienen consigo libros por donde lo puedan saber». No se puede considerar muy descartada esa opinión. Todavía veinte años después, Felipe II encomendaba al Consejo de las Órdenes que visitara a los caballeros que «residen fuera de España, porque, por la mayor parte, no estan instructos en las cosas de la Orden, como conviene». (Recogido en el trabajo sin publicar de NIETO MUÑOZ, R., «La visita en las Órdenes Militares», pág. 45.) Pero los caballeros que residían fuera no eran los únicos en llevar un comportamiento que ignoraba las obligaciones que se tenían por el hábito. Puede darnos una idea de ello el informe que ofrece una visita que se hizo algunos años antes de las fechas a las que se refiere Ayala: «No vivían los caballeros y religiosos bajo verdadera obediencia de sus superiores, ni guardaban conyugal castidad los casados, ni confesaban y comulgaban por pascuas mayores, ni pagaban diezmos de las encomiendas, y los mas vestían ropas y otras guarniciones de seda y oro, y continuamente juraban y votaban en el nombre de Dios y otros santos» (NIETO MUÑOZ, R., «La visita...», op. cit., pág. 211).

⁶³ RADES Y ANDRADA, F., Cronista de las tres Órdenes, capellán de Felipe II y fraile de Calatrava, *Catálogo de las obligaciones...*, op. cit.

⁶⁴ Aunque la obra de Rades estaba dirigida a la orden de Calatrava servía igualmente para los caballeros de Alcántara, por ser esta orden filial de la primera. Además, la decidida voluntad que desde el reinado de Felipe II manifiesta la monarquía de unificar lo más posible las tres órdenes (siguiendo las pautas de la orden de Santiago), llevó a que en la práctica todas las guías sirvieran para todas las órdenes. Una prueba de lo que venimos diciendo es que en los interrogatorios de las visitas de caballeros no se hace distinción de Orden y en general se les examina a todos con el mismo cuestionario. Entre otros testimonios de lo que venimos diciendo podemos señalar la organización del propio Consejo de las Órdenes. Las dos salas en que estaba dividido, una para Santiago y otra para Calatrava y Alcántara, se unificaron en una. F. FERNÁNDEZ IZQUIERDO recoge la opinión expresada ya por el emperador a su hijo, de que una sola presidencia era suficiente para el Consejo de las Órdenes (*La Orden Militar...*, op. cit., pág. 136). Por otro lado, y también en la misma línea de lo que estamos señalando, se puede indicar que cuando el Conde Osorno pactó por la orden de Santiago la *Concordia* que lleva su nombre, sus efectos se extendieron también a Calatrava y Alcántara, aunque estas Órdenes nada habían tenido que ver en el mencionado pacto. Para ello se alegó que no existían diferencias entre las Órdenes de suficiente peso que justificaran lo contrario. (Ver nuestro *Honor y privilegio...*, págs. 227-229.)

⁶⁵ RADES Y ANDRADA, F., *Catálogo de las obligaciones...*, op. cit., prólogo s/p y fols. 11v

cualquier caso, lo que sí que dejaba bien claro era que los caballeros constituían una nobleza a la que se debía exigir más que a un cristiano cualquiera⁶⁶, porque eran verdaderos religiosos⁶⁷.

Si el obispo Ayala había imbuído al caballero católico del espíritu de Trento y Rades aportó a su vida el rigor propio de la de un eclesiástico, Diego de la Mota⁶⁸ conectaría ambas exigencias con la vida cotidiana de la nobleza. En una obra dedicada a las tres Órdenes, aunque primaba la propuesta más moderada que representada el obispo Ayala⁶⁹, no dejaba de estar presente el espíritu más severo de Rades. Por lo demás, de las tres guías era la que mejor se adecuaba a la realidad. Es decir, frente a las otras dos, lo peculiar de la propuesta de De la Mota radicaba en que acentuaba la vertiente que podríamos denominar, no sé si certeramente, más práctica, en el sentido de que estaba más conectada con la realidad de la vida cotidiana⁷⁰. De hecho, una parte del tratado definía un modelo familiar, abundando sobre todo en recomendaciones para el caballero, pero también para su mujer y sus hijos. Fue esa orientación la que, junto a la moderación de planteamientos, le hizo tener un mayor predicamento⁷¹. En ella se ofrece un retrato más completo

y 72v. «Esta obligación (...) es comparada à la de los soldados, que (...) no se obligan à vencer à los enemigos mas obliganse à pelear animosamente por vencerlos».

⁶⁶ «Dos maneras, ò especies ay de perfeccion (...) la una es llamada necessaria, y suficiente y esta es la que se alcanca con guardar y cumplir los divinos Mandamientos. A esta (...) todos los Christianos somos obligados por el bautismo. La otra especie de perfeccion es llamada supererogacion, la qual alcanca los que no solamente guardan los Mandamientos, mas tambien los consejos Evangelicos, que son las cosas que Christo nuestro Redemptor nos enseña, y propone en la Sagrada Escritura, no por via de precepto (...), sino por via de aviso, y consejo, para que con ellas merezcamos mas». La perfección llamada de «supererogación» es la que se exigía a los caballeros (Prólogo s/p).

⁶⁷ No era solamente Rades quien se expresaba en esa dirección. Algunos años después Peñafiel y Araujo coincidía con él al señalar, refiriéndose a la cruz del hábito, «que por ser de grana y escarlata no deja de ser cruz» o «las obligaciones de la orden de Santiago que tiene más de cruz que de honra», en *Obligaciones y excelencias...*, op. cit., *Dedicatoria* s/p. En cualquier caso lo que era imprescindible era señalar la diferencia entre las tres Órdenes Militares, que eran verdaderas religiones y sus caballeros verdaderos religiosos y otras Órdenes, como, por ejemplo, la del Toisón o la de Sancti Spiritu, que ya hemos señalado, que incluso fundadas para la defensa de la Iglesia Católica, eran de fundación real y no pontificia y, por tanto, no eran religiones ni sus caballeros religiosos. Una de las necesidades más urgentes de la historiografía de Órdenes Militares es hacer una tipología de órdenes distinguiendo las que son militares de las que no lo son; las que tienen una vertiente religiosa y las que no tienen ese carácter; las de fundación medieval y las de fundación moderna, etc.

⁶⁸ Diego de la MOTA era fraile profeso en el convento de Uclés de la Orden de Santiago y lector en Teología en la Universidad de Salamanca. La obra está dirigida a los caballeros de las tres Órdenes.

⁶⁹ Sobre esto pueden verse las páginas 25-26 de la obra de De la MOTA.

⁷⁰ Algo de esa orientación hay también de AYALA. Sin llegar a desarrollarse tanto, en su *Compendio* se dedican algunas páginas a señalar «en lo que más gravemente se peca, y se puede pecar (...) en esta religión» y «de las dificultades de las costumbres de esta orden» (págs. 8-12 y 28-41, respectivamente). Por el contrario, la obra de RADES carece totalmente de ese sentido práctico.

⁷¹ Al menos en las visitas que se hacen a los caballeros es la guía que más se sigue. Ver, por ejemplo, A.H.N. OO.MM. Libro 84C.

de lo que venimos llamando el *caballero católico*, y desde luego sería la más útil para quien tuviera intención de llevar una vida verdaderamente católica. Pero el hecho de que los caballeros, sin distinción de orden, conectaran mejor con el retrato que perfilaba De la Mota, debe interpretarse en sus justos términos. Sin desestimar las aportaciones novedosas del fraile santiaguista, no se debe olvidar que el *retrato* que presenta está construido sustancialmente a partir de dos grandes aportaciones. Por un lado, la del obispo Martín Pérez de Ayala y por otro la del fraile Francisco Rades y Andrada⁷². Era precisamente esta simbiosis la que, en última instancia, le concedía su verdadero valor.

En este rápido recorrido por los principales autores y obras que perfilan el boceto del caballero de las órdenes militares, queda aun por señalar el *Tratado* del fraile de la Orden de Santiago Francisco de la Portilla⁷³. De modo prácticamente unánime se había sentado el principio de que, por encima de todo, la imagen del caballero debía de ser la de un católico intachable. Sentado el principio quedaba la tarea de justificarlo. Ayala y Rades habían coincidido en elaborar esa justificación a partir de la vinculación del caballero con la Orden. Es decir, si se le exigía ser un buen católico era por su condición de religioso. Frente a ellos Portilla tiene el mérito de haber situado esa justificación en una perspectiva diferente. Su aportación fundamental consistió en reforzar los planteamientos de autores anteriores a través de una nueva argumentación. De la mano de Portilla se asimiló catolicismo con nobleza de tal forma que el caballero se convertía en noble por virtuoso y en virtuoso por católico⁷⁴: «... la verdadera hidalguía es el resplandor y refulgencia que se descubre en el verdadero Christiano con exercicios sanctos y virtuosos y no solo la que consiste en averes y riquezas, o en linaje, o hazañas de los pasados»⁷⁵.

* * *

⁷² La influencia de RADES se puede ver, sobre todo, en la parte dedicada a la vida religiosa de los caballeros. A modo de ejemplo señalamos para comparación las páginas 5 y 12 de la obra de MOTA y el Prólogo de RADES. La vinculación con Ayala es más patente en lo relativo a los votos y sus anejos.

⁷³ PORTILLA Y DUQUE, F., *Tratado de lo que es la nobleza y milicia...*, op. cit.

⁷⁴ Sobre la asimilación de catolicismo con nobleza puede verse SCHALK, E., *From Valor to Pedigree...*, op. cit., págs. 96-97. Schalk recoge la opinión de J. de CAUMONT, tratadista nobiliario del siglo XVI, que no dudaba en señalar que «it is impossible for a Protestan, or a non-Catholic, to be a noble. In accepting nobility to be *vertu*, Caumont simply defines that virtue as being Catholic». El mismo argumento, pero con perspectiva diferente, se puede leer en un panfleto político muy divulgado en la Francia de los últimos decenios del siglo XVI. En él se argumenta que es imposible para un católico ser un verdadero noble, en la medida en que nobleza es virtud y catolicismo es lo opuesto a virtud (atribuido a BARNAUD, N., *Le cabinet du roy de France*. París, 1581, especialmente págs. 284-287).

⁷⁵ PORTILLA, *Tratado...*, op. cit., pág. 213. También señala que «... quanto mayor es la virtud, tanto mas perfecciona la nobleza (...) Y assi dos cavalleros de ygual grado de nobleza de sangre, aquel diremos mas noble, que mas virtud tuviere» (pág. 204).

3. Vistos los principales *diseñadores*, pasemos a la recomposición del modelo. Quizás, la primera seña de identidad que se percibe en el retrato de caballero, tal y como se construye a partir de la segunda mitad del siglo XVI, sea su fuerte apoyo en la tradición ⁷⁶. De hecho, se estaba confeccionando un diseño que, al menos formalmente, coincidía desde muchos puntos de vista con el del caballero bajomedieval. Respondía a la misma ética —aquella en la que despuntan conceptos tales como bondad, generosidad, constancia, valor, etc.—; se conceptualizaba de la misma forma —noble, soldado y vasallo— ⁷⁷ y se le exigían las mismas fidelidades —Dios, papa, rey— ⁷⁸. No obstante, y a pesar de estas similitudes, existían diferencias entre un modelo y otro. Además, dichas diferencias no eran precisamente de importancia menor. A poco que se comparen las dos imágenes, habrá que comenzar señalando que, aunque los elementos que formaban el conjunto eran los mismos, la forma de ordenarlos era distinta, respondiendo cada orden a la lógica interna de un *entramado* político-religioso diferente.

Así, interesa señalar que la necesidad de adecuar el modelo a las exigencias del momento histórico, no impidió que la primera identidad que se descubre en los dos diseños fuera formalmente la misma. Tal y como puede deducirse a través de los diferentes escritos, lo predominante y definitorio del caballero *moderno* continuaba siendo su imagen de *Caballero de Dios*. En este sentido, y al menos aparentemente, aparecía como un *alter ego* del caballero medieval ⁷⁹. En ambos casos se les retrataba como soldados con

⁷⁶ Un buen sumario sobre el caballero medieval en HARPER-BILL, C. y HARVEY, R. (Edits.), *The ideals and practice of medieval knighthood: papers from the first and second Strawberry Hill conferences*. Woodbridge, Suffolk, Dover, N.H., USA: Boydell Press, 1986, concretamente el artículo de NORTH, S., «The ideal Knight as presented in some French Narrative Poems», págs. 111-132. También puede verse MELLER, W. C., *A knight's life in the days of chivalry*. London, T. W. Laurie limited, 1924. A caballo entre el mundo medieval y el moderno: ORME, N., *From chivalry to chivalry: the education of the English kings and aristocracy, 1406-1530*. London, New York, Methuen, 1984. Y, desde luego, la Regla, Establecimientos y Definiciones medievales de las órdenes y obras como la *Cronica...*, *op. cit.* de RADES Y ANDRADA o en la de ZAPATER, M. R., *Cister militante...*, *op. cit.*, pág. 130.

⁷⁷ Sobre el concepto del caballero medieval, concretamente sus vertientes de soldado y vasallo, ver BUMKE, J., *The concept of Knighthood in the Middle Ages*. New York, Ams Press, 1982. Es una traducción de *Studien zum Ritterbegriff im 12. und 13. Jahrhundert*. Carl Winter Universitätsverlag, 1977.

⁷⁸ Sobre la relación del caballero de orden medieval con el papa y el rey puede verse NICHOLSON, H., *Templars, Hospitallers and teutonic knights. Images of the Military Orders, 1128-1291*. Leicester, London and New York, Leicester University Press, 1988. Especialmente capítulo 2. Es un estudio que se centra en las Órdenes del Temple, San Juan y el Hospital, pero que hace referencia a otras muchas Órdenes Militares, concretamente al caso de las Órdenes hispánicas como muestra de Órdenes patrocinadas y usadas a la vez por el papado y los monarcas. Se plantea la Reconquista, primera actuación de las Órdenes hispánicas, como foco de interés de los reyes de Castilla y Aragón, y, al mismo tiempo, de los intereses del papado al proteger las fronteras de la Cristiandad de la invasión musulmana.

⁷⁹ Una idea bastante completa de lo que se espera del caballero-soldado en la época medieval puede verse en BUMKE, J., *The concept of knighthood in the...*, *op. cit.*, cap. III, «The Knight as Soldier», págs. 22-45.

la expresa misión de proteger la fe y mantener el *Honor de Dios*⁸⁰. Sin embargo, bajo estas aparentes similitudes se escondía un tono y una intención bastante diferentes. Definitivamente, la imagen del *nuevo Caballero* se presentaba con un aspecto más moral. Claramente se le indicaba que su campo de batalla era el espiritual «donde se haze la mas peligrosa guerra de emprender, y la mas difficultosa de vencer de todas las guerras del mundo»⁸¹. De hecho, el espíritu era casi el único espacio al que quedaba reducida su *deuda* como soldado⁸²: «Trabaja como buen soldado de Christo —recomendaba Portilla—, porque aunque se ha de entender esto en el sentido spiritual, quanto a la predicacion y conversion de las almas (...) en las militares hay milites cuyas armas son la oracion»⁸³.

En este contexto, lo que cabía esperar de un buen *miles Dei* eran, sobre todo, cualidades morales⁸⁴. En efecto, para no defraudar las expectativas de cumplir con una tarea tan elevada, se esperaba del caballero que fuera casi un asceta, dedicado al ejercicio de la perfección cristiana. Una perfección que daba a la nobleza un *status* casi sagrado a partir del sometimiento de su persona y de su vida a las normas de la vida regular⁸⁵.

⁸⁰ CAUMONT, J. de, en su *De la vertu de la noblesse, aux roys et princes très chrestiens*. París 1585, pág. 3, suscribía el mismo punto de vista: «... y se llama él mismo noble y no se preocupa por la gloria de Dios (*Honneur de Dieu*, que él mismo define como ser un buen católico), es un villano, y ha robado el título de Noble». (Citado en inglés por SCHALK, E., *From valor...*, op. cit., pág. 97.)

⁸¹ En Dedicatoria sin paginar de la *Regla y Establecimientos de la Orden del Señor Santiago*. León 1555. La misma idea puede leerse en MOTA, *Tratado sobre un problema...*, op. cit., pág. 76.

⁸² Únicamente PORTILLA, aunque sin defenderlo con mucho énfasis, seguía manteniendo la tradicional lista de *deudas* del soldado medieval: «su sangre es bien derramada (...) por los pobres, por las mujeres y personas miserables que no tienen amparo ni quien las favorezca». (*Tratado...*, op. cit., pág. 224.) De todas formas, ni Rades ni Ocampo ni ninguno de los autores señalados terminaban de renunciar definitivamente a las obligaciones tradicionales del caballero y seguían invitando si no a órdenes sí a los caballeros a luchar contra los infieles.

⁸³ PORTILLA, *Tratado...*, op. cit., pág. 223.

⁸⁴ Sobre este punto hay que señalar la existencia de una corriente de literatura moral —que nosotros conocemos por J. PARDOS— que tiene en Fray Luis de Granada uno de sus principales representantes. Por otro lado, una presentación similar a la que vamos a hacer, en cuanto a exigencia general de moralidad se refiere, puede verse para el caso francés: KAISER, J., «Les Cours Souveraines au xvi^e siècle: Morale y Contre Réforme», en *Annales, Economies, Sociétés Civilisations*. 37 (1982), págs. 15-29. También MOTLEY, M. E., *Becoming a french aristocrat: the education of court and nobility, 1580-1715*. Princenton N. J., Princenton University Press, 1990. De no menor interés, D'ORIGNY, P., *Le hérault de la noblesse de France*. Reims 1578. Largamente comentado por SCHALK, E., *From valor...*, op. cit., págs. 70-73.

⁸⁵ Entre los preceptos de los caballeros Mota señala «... y mas de los tres votos estan obligados por razon de su profession, y orden que toman, a esforçarse (...) a ordenar su vida y conservacion, conforme a la regla» (*Tratado...*, op. cit., pág. 25). De hecho, los caballeros se encomendaban a un *maestro* cuya función era «tratar con las conciencias de cavalleros, (...) mirar los escrúpulos, dudas y questiones que tinian, para estudiar sobre ello, por una parte acararles lo escuro (limpiandoles el camino de tropiezos y escrúpulos). En *Regla de la Orden y cavalleria de S. Santiago...*, op. cit., Dedicatoria s/p. Sobre *maestros* de caballeros, ver también *Reforma de los conventos de...*, op. cit. Entre otros, eran *maestros* de caballeros, Rades e Isla.

Al hacer el análisis de la propuesta, lo primero que salta a la vista es el hecho de que el modelo se apoyaba decididamente en dos pilares: disciplina junto a moralidad de la vida⁸⁶ y fortalecimiento de la familia. En efecto, la importancia que el diseño concedía a la disciplina de la vida cotidiana era muy grande⁸⁷. En primer lugar, se obligaba a la asistencia regular a los oficios divinos: oír misa cada día, siendo tan importante como asistir hacerlo con devoción, «absteniéndose en pensar en otra cosa que en lo que se dice»⁸⁸; confesar y comulgar con cierta frecuencia, además de en las obligadas tres pascuas del año⁸⁹; participar en procesiones —estando especialmente señalada la principal del Corpus Christi—⁹⁰ y asistir a los servicios de la parroquia. Eran también señas de identidad del modelo hacer oración⁹¹, recomendando encarecidamente atender a lo que se reza⁹²; leer la Regla como forma de conocer la «ley en que es obligado a bivar el caballero»⁹³; rezar las «horas canonicas»⁹⁴ y hacer examen de conciencia al final de cada día.

⁸⁶ Veamos la descripción que hace Portilla de «en lo que se ocupan muchos cavalleros de este tiempo» como ejemplo de lo que se trataba de combatir con el modelo del *Caballero de Dios*: «la nobleza no se ordeno para passar la vida en ocio, trasnochar y no madrugar, ni para comer demasiadamente y andar en banquetes y festines, ni gastar la mayor parte del tiempo en justas, gastando en estos y otros tratos ilicitos la hazienda propia y la agena, andando trampeando, ni se instituyo para solicitar la viuda, ni inquietar la casada, ni distraer a la donzella ni para estar en plaça ni corrillos diziendo mal de todo el mundo, no para entretenerse en fiestas ni en juegos de su gusto, que aunque ser ensayo del exercicio de las armas (de las quales han de usar en tiempo de necesidad) les puede escusar de pecado, tal puede ser la intencion que pequen mortalmente haziendolo; porque muchas cosas hay licitas de suyo, que la intencion las puede dominar» (*Tratado...*, *op. cit.*, pág. 215).

⁸⁷ Me remito a nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*, para lo relacionado con la forma de vida de los caballeros. De esta misma obra se toma una parte del diseño del *Caballero de Dios*.

⁸⁸ Ayala pedía a los caballeros que se ocuparan en «meditar lo que alli se presenta quando se haze el sacrificio, es asaber, el beneficio dela humana redemption», en *Compendio y declaración...*, *op. cit.*, pág. 18.

⁸⁹ Las tres pascuas del año eran realmente cuatro: Navidad, Resurrección, Pentecostés y Nuestra Señora de Agosto. En ellas los caballeros estaban obligados a confesar y comulgar. Por ejemplo, *Manera de rezar...*, fol. 19v.

⁹⁰ Entre otros, DE LA MOTA, *Tratado...*, *op. cit.*, pág. 272.

⁹¹ Para la Orden de Santiago, Ayala indicaba no sólo lo que había que rezar, sino incluso por quién había que hacerlo, indicando, entre otros: el Rey, los Reyes y Príncipes defensores de la Cristiandad, el estado espiritual de toda la Iglesia, etc. (en *Compendio y declaración...*, *op. cit.*, págs. 14 y 14v).

⁹² Llamó especialmente la atención sobre esta cuestión Ayala, quien señala: «... no embarrullar Pater noster y rezar mal rezadas sus devociones». De hecho, llegaba a incluir en su obra una traducción del Pater noster, según indica, «por que algunos por no entender lo que rezan no toman gusto por ni tienen devocion quando rezan» (Ibíd., pág. 16v).

⁹³ En Santiago «Son obligados a leer la regla cada mes una vez. Esta dispensado del Papa Clemente que se lea tres veces solamente en el año, (...) esta dispensacion se entiende con el que la sabe» (Ibíd., pág. 18).

⁹⁴ La forma en que habían de rezar las horas canónicas era la siguiente (Capítulo de la orden de Calatrava de 1523, aprobado por el papa Clemente VII en 1525): «MAYTINES», veinte «Pater noster» los días que no son fiesta. Domingos y fiestas, cuarenta. Al final de cada uno el «Gloria Patri», y terminar con el «per dominum nostrum»; «LAUDES», diez «Pater noster»

Con ser estas exigencias tan reiteradas, ni eran las únicas, ni probablemente las de mayor importancia. Se completaban con una serie de mandatos que denotaban gran preocupación por la conducta a seguir. Decididamente, un caballero debía de evitar los actos dignos de reprensión, no se entregaría a juegos de azar⁹⁵, sería corto y templado en el comer y beber⁹⁶, honesto en palabras, usaría vestidos discretos⁹⁷, no daría escándalo y mal ejemplo, no juraría⁹⁸, no daría malas respuestas, evitaría litigios⁹⁹, gastaría los bienes cristianamente¹⁰⁰ y se ejercitaría en obras de piedad y misericordia¹⁰¹.

y al final de cada uno el «Gloria Patri»; «PRIMA», cinco «Pater noster», al final de cada uno el «Gloria patri» y al final el «Per dominum»; «TERTIA, SEXTA y NONA», cinco «Pater noster»; Las «VÍSPERAS» igual que el «LAUDES» y «COMPLETA» igual que «PRIMA». Los viernes siete «Pater noster» con «Requiem». El día de Viernes Santo ciento cincuenta «Pater noster» con «Gloria patri» (RADES, *Catálogo de las... op. cit.*, págs. 2-9). Muy parecido en Santiago, OCAMPO, *Obligaciones de... op. cit.*, págs. 14-17, y para Alcántara, *Manera... op. cit.*, págs. 1-6.

⁹⁵ Las reiteradas prohibiciones de los juegos de azar, sobre todo los naipes y los juegos de tablero, radicaban en que provocaban pérdidas cuantiosas y numerosas disputas, llevando a «la blasfemia, a la perdición y al derroche inútil de tiempo, salud, vida, honor y paciencia», en VAN DÜLMEN, R., *Los inicios... op. cit.*, pág. 204. RADES se mostraba permisivo con los juegos de «bolos, axedrez, pelota, y naipes en poca quantia», pero prohibía «jugar dados en poca ni en mucha» (*Catálogo... op. cit.*, pág. 98). Las Definiciones de Alcántara prohibían también con graves penas «que ninguna persona de Abito juegue dados» (*Manera de rezar... op. cit.*, pág. 17v).

⁹⁶ Rades pedía para los caballeros de Calatrava ayuno los «lunes, miercoles y viernes de cada semana desde la Exaltacion de la Cruz hasta la Pascua de Resurreccion, sacando el dia de la Natividad de Christo, y la Pascua de los Reyes, y la Purificacion de Nuestra Señora y Fiesta de Todos los Santos, y de los Apostoles. Tambien en Cuaresma» (*Compendio... op. cit.*, pág. 23). La Orden de Alcántara tenía un grado de exigencia menor. Se decía que los caballeros debían de ser «parcos en comidas (dos manjares guisados) y no beber vino hasta hartar, sino templadamente» (*Manera de rezar... op. cit.*, pág. 35v).

⁹⁷ Los caballeros tenían prohibido vestir colores debiendo usar exclusivamente el negro: «ninguno puede vestirse de color azul claro, ni verde claro, ni amarillo, ni colorado...» (RADES, *Catálogo... op. cit.*, pág. 60). La mente más permisiva de Mota accedía a la dispensa por haber en las Órdenes «cavalleros en dignidades de Duques, Condes, Señores de vasallos, que a vezes les conviene de usar vestidos preciosos» (*Tratado sobre... op. cit.*, pág. 90). Por otro lado, en la mayoría de los autores citados, por no decir en todos, aparecían indicaciones relativas a la honestidad en el vestir.

⁹⁸ «Se castiga en la Orden (Alcántara) todas las personas que jurasen juramentos prohibidos por derecho» (*Manera de rezar... op. cit.*, pág. 18).

⁹⁹ La razón que conducía a prohibir los litigios era doble. Por un lado se trataba de evitar entrar en discordias con el prójimo, lo cual era contrario a la religión. Por otro, se intentaba no ir en contra del voto de obediencia. Pleitear, al menos sin licencia, era como ingresar en la Orden. Lo que con el voto se quería resaltar era que los bienes se poseían no AYALA, *Compendio... op. cit.*, pág. 20.

¹⁰⁰ Gastar los bienes cristianamente era una obligación derivada del voto de pobreza. Este voto, tras las bulas pontificias, requería presentar inventario de bienes al *maestre*. Dependiendo de la Orden esta obligación podía ser o anual o se cumplía con hacerlo una vez en la vida, al ingresar en la orden. Lo que con el voto se quería resaltar era que los bienes se poseían no como propios sino en administración. Ver, entre otros, AYALA (*Compendio... op. cit.*, págs. 3 y 4) y RADES (*Catálogo... op. cit.*, pág. 27). De hecho, el voto de pobreza consistía, sobre todo, en tener pobreza de espíritu.

¹⁰¹ Según informa RADES en su *Catálogo*, los caballeros de la Orden de Calatrava estaban

Por otra parte, merece la pena no perder de vista la importancia que se dio al hecho de que no era suficiente con tener un buen comportamiento, sino que además había que hacerlo manifiesto. Ello revela hasta qué punto el núcleo del modelo residía en su carácter ejemplificador. Obedeciendo a esta lógica, entre el código de caballeros se pueden ver elementos que sobre todo tratan de producir efecto social. Además de asistir a la Iglesia, era necesario ser visto en ella. Por eso los servicios religiosos debían hacerse en las parroquias que tenían asignadas los caballeros¹⁰². También las prácticas piadosas requerían cierto grado de reconocimiento social. Así, los actos de piedad y misericordia debían dirigirse a los *pobres* que el párroco asignaba a cada caballero. Buscando una vez más esa proyección social se le recomendaba limitar sus contactos fuera del grupo y se castigaba con penas mayores los delitos que provocaban escándalo público¹⁰³ y mal ejemplo¹⁰⁴. Por las mismas razones se adoptaba una actitud enérgica contra los que levantaban falsos testimonios contra otros caballeros. Motivaciones parecidas obligaban a vestir siempre el hábito en público y «las cruces en los pechos, que es la divisa de que son soldados de Christo, y que militan debaxo de su bandera, que es la cruz»¹⁰⁵.

El código de caballeros no se agotaba en la enumeración de las obligaciones derivadas de la necesidad de someter la vida noble a las formas regulares. La idea de fortalecimiento de la familia, segunda gran preocupación de las nuevas perspectivas, había dejado también sus huellas marcadas en el modelo a seguir. En consonancia con ello, se subrayaba una y otra vez la necesidad de que el caballero organizara su casa de acuerdo a principios

obligados a dar de comer cuando menos a seis pobres al año (págs. 87-88). Obligaciones parecidas tenían los caballeros de Santiago y Alcántara.

¹⁰² Incluso la opinión más moderada de Ayala sólo consideraba oportuno dispensar la obligación de oír misa en el caso de «grandes y graves ocupaciones», y desde luego siempre que con ello no se diera mal ejemplo y se provocara escándalo público (*Compendio...*, *op. cit.*, pág. 18). Sobre la distribución parroquial de los caballeros, ver nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*, pág. 262.

¹⁰³ Las Definiciones de la Orden de Alcántara castigaban «las personas de Orden que fueren desbocadas, llamando a otros traydores, o zaheriendoles, o retrayendoles algunos delitos ya penitenciados». *Manera de rezar...*, *op. cit.*, pág. 18v.

¹⁰⁴ Sobre esta cuestión volver a la cita 102.

¹⁰⁵ PORTILLA, *Tratado...*, *op. cit.*, pág. 222. También para Mota «la cruz en forma de espada es obligación llevar en la vestidura patente, so pena de pecado mortal. No se cumple con llevarla encubierta». El hábito de Alcántara era «una cruz verde de paño en el lado yzquierdo del sayo, y capa que trexeren (...). Debaxo del vestido un escapulario de estameña blanco en lugar de Abito de Orden, y han de tener y traer consigo un manto blanco de capitulo con que se han de confessar, y comulgar, y enterrar, quando mueren». (En *Manera de rezar...*, *op. cit.*, pág. 17.) El de Santiago «una cruz a manera y forma de Espada. Y esta ynsignia que todos los sucesores en esta orden han traydo y traen, sobre sus vestiduras superiores de paño o seda, y de color colorada»; El hábito de Calatrava «Cruz colorada de paño o grana sobre sus vestiduras superiores, en el lado izquierdo (...) con quatro flores de Lys por remate y estremos de la cruz». (RADES Y ANDRADA, *Chronica de las tres...*, *op. cit.*, págs. 6-7v.) «Y deben traer habito pena de pecado mortal (...) y nole pueden ocultar tambien pena de pecado mortal» (OCAMPO, *Obligaciones...*, *op. cit.*, pág. 68).

que nos recuerdan mucho a la reorganización tridentina. En términos generales, se puede decir que, tanto Portilla como Mota y Peñafiel y Araujo desplegaban casi una campaña en torno a la familia. Su propuesta intentaba recomponer la deteriorada situación de la vida familiar nobiliaria. Para ello contaban con una *estrategia* que consistía en presentar la casa noble como lugar en el que reinaba el concierto: «mal concertada puede andar la casa donde se levanta el señor cerca de las doce horas (...) que resulta de aquí comer a las dos horas, cenar a media noche, y acostarse a las cuatro»¹⁰⁶. Con posterioridad, contraponían a ese deterioro una imagen que contenía un discurso moral, renovador y, en cierto sentido, casi sagrado: la casa como «monasterio»¹⁰⁷ de recogimiento trato y modo de vivir, comer y vestir»¹⁰⁸. Constituían la base de ese *monasterio* tres sólidos pilares cuyo principal cometido era servir de sostén a la vida familiar. Se concedía especial importancia al sometimiento de la mujer al marido¹⁰⁹, lo cual revela ante todo la clara voluntad de que éste se constituyera en el jefe de la familia. Pero lo peculiar de este discurso no radicaba en la defensa de un orden familiar dominado por la idea tradicional de que la autoridad reposaba en un único polo¹¹⁰, el *pater familias*¹¹¹. Lo innovador lo constituía el hecho de que el sometimiento de la mujer se consideraba en sí mismo como un verdadero dogma de fe¹¹². Por eso, si tenemos en cuenta esta perspectiva, no nos podemos extrañar ni de que Portilla presentara al caballero como el «reloj de la casa» al que debían ajustarse todos sus miembros; ni tampoco de que se le encomendara la responsabilidad de la salud espiritual de la familia (vigilar

¹⁰⁶ PORTILLA, F., *Tratado...*, op. cit., pág. 221.

¹⁰⁷ El subrayado es nuestro. La idea de casa-monasterio procede del hecho de que los caballeros pertenecen a una orden religiosa, ellos mismos eran religiosos y por ello se esperaba que, además de su vida, también su casa fuera una especie de santuario.

¹⁰⁸ DE LA MOTA, «La casa del cavallero de Sanctiago deve ser un monasterio en el recogimiento, trato y modo de vivir, comer y vestir y que antes es al contrario, porque olvidando de que es Religioso; bive como seglar, con fausto, pompa, juegos, vanidades y deleyte» (*Tratado...*, op. cit., pág. 23).

¹⁰⁹ PEÑAFIEL Y ARAUJO indica, siguiendo a San Juan Crisóstomo (Epístola I a los Corintios, capítulo 7, núm. 4), que «lo mismo es recibir esposo la muger, que admitir un dueño de su persona porque en nombrandose casada, se dize, que el dominio sobre su cuerpo, como en manos de su señor, está solo en manos de su marido» (*Obligaciones y excelencias...*, op. cit., pág. 32v).

¹¹⁰ «(...) No quiso que en la familia y cuerpo místico del hombre hubiese la monstruosidad que en el escudo de las armas del Imperio, místicamente admira la curiosidad quando vé un Aguila con dos cabezas, pues de la divission y pluralidad de personas con igualdad en el gobierno se induze diversidad de pareceres, discordias, y deformidades en su Imperio, acarreando que en el escudo de las armas del Imperio, místicamente admira la curiosidad quando vé un este mal y daños irremediables» (Ibíd., pág. 31v).

¹¹¹ «(...) el dominio que tiene el marido sobre su persona, y la servidumbre de sujeción que deve la mujer al marido, como a cabeza propia» (Ibíd., pág. 31).

¹¹² También PEÑAFIEL Y ARAUJO, apoyándose en los Libros Sagrados, señala que «... la Escritura quando dà dominio al marido sobre la persona de la muger propone un articulo de fe como los demás» (Ibíd., pág. 31). De hecho, la desobediencia al marido no se planteaba como una falta a la tradición, sino como contravención del orden divino.

la conducta, controlar la fe, representar la casa de cara al exterior, etc.)¹¹³. En la misma línea, el diseño que Mota concebía para su mujer —como un simple apéndice, sin apenas identidad individual— indica hasta qué punto se consideraba al caballero como el centro y el eje de toda la vida familiar¹¹⁴. Es decir, eran normas de conducta que intentaban establecer la armonía familiar mediante el afianzamiento de la autoridad del marido y la obediencia de la mujer.

Completar el *retrato de familia* exigía hacerse también con un ideal de comportamiento para «la Duquesa, la Marquesa, y las demas tituladas y todas las mujeres de estos cavalleros»¹¹⁵. Bajo la perspectiva que venimos señalando, no es de extrañar que se indicara «la Catolica y bienaventurada Reyna nuestra señora doña Isabel»¹¹⁶ como modelo de referencia lógico. Mota llamaba insistentemente la atención sobre su impronta de luchadora incansable en servicio de la Santa Fe Catolica. Con ello intentaba conseguir la clave a través de la cual se esperaba imponer la colaboración de la mujer del caballero en la lucha espiritual de su marido: «... y si tienen mas grandes y altos pensamientos, como se deve creer, adolezcanse de tantas almas de Christianos que cada dia se llevan los moros, captivos y estan detenidos en su poder (...) y de tantos descendientes de nuestro padre Adan que estan ensañados en el error de la infidelidad e idolatria, y van miserablemente caminando a las penas eternas»¹¹⁷.

Un segundo elemento de importancia decisiva para el fortalecimiento de la familia fue la intervención en la vida sexual del matrimonio. Reiteradamente las guías de caballeros predicaban la castidad de los no casados, pero se insistía sobre todo en mantener la castidad conyugal. Así, el caballero adúltero era acusado de quebrantar tres leyes. Se le acusaba de pecar contra la ley de Dios, contra la fidelidad del matrimonio y contra el voto de castidad que se exigía en la orden¹¹⁸. Se puede decir que todos los tratadistas sin ex-

¹¹³ La posición patriarcal de la familia medieval se veía reforzada ahora en la medida en que el padre no sólo era responsable del bienestar material sino también del espiritual. Sobre esta cuestión se puede ver BRUNNER, O., «La "Casa Grande" y la "Oeconómica" de la Vieja Europa», en *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*. Alfa, Buenos Aires 1984, págs. 87-123.

¹¹⁴ MOTA indica que en la Sagrada Escritura la mujer es «comparada al navio del mercader bastecido y rico, que de lejos trae su pan, fortificando su brazo y por ellas es señalado y preciado su marido entre otros» (*Tratado...*, op. cit., pág. 76).

¹¹⁵ *Ibíd.*, pág. 77.

¹¹⁶ *Ibíd.*, pág. 76v.

¹¹⁷ Aquí, igual que ya hemos visto antes, se utilizaba el modelo como forma de acabar con el amor al lujo y a la vida fácil de la mujer noble: «como algunas que oy viven regaladas, amigas de trages, galas, invenciones y faustos, tan afeminadas que la seda les es aspera, la rosa dura, y mas de una mariposa se espantan, y el decir la palabra entera les cusa, y que han de almorzar en la cama, no darles el sol, y despues de levantarse tarde, assentarse con un espejo, enclavadas en la rama obra de su pintura» (*Ibíd.*, pág. 77v).

¹¹⁸ Recordar que los caballeros hacían voto de castidad. Consistía este voto, para los casados, en guardar fidelidad a la propia esposa, es decir, en castidad matrimonial. Ver, entre otros, PÉREZ DE AYALA, *Compendio y obligación...*, págs. 6 y 27. Sobre estas cuestiones puede

cepción, emprendían una lucha sin tregua contra el adulterio. Frente a él, el matrimonio bendecido por la Iglesia era el único marco legítimo de la sexualidad. De ahí, la relevancia que se atribuía al voto de castidad conyugal que los caballeros juraban guardar al ingresar en la Orden. Con él reforzaban una obligación que ya tenían como cristianos y se comprometían con más fuerza a su cumplimiento ¹¹⁹.

Finalmente, y en relación al fortalecimiento de la familia, la oración en común venía a constituir un tercer pilar de indudable valía. Desde luego, se desarrollaba de forma mucho más escueta que los otros dos, lo cual no quiere decir que se le atribuyera menor importancia. Las razones que lo dotaban de especial significado hay que buscarlas en el hecho de que la oración en común se consideraba como manifestación emblemática de la vida familiar. Se atribuía un significado especial a la oración antes de comer. En este sentido, Mota mostraba hasta qué punto la ceremonia de bendición de la mesa podía ser provechosa para la familia: permitía probar día a día «la omnipotencia, providencia y benignidad de Dios Nuestro Señor» ¹²⁰.

Así pues, siendo la primera imagen la del *Caballero de Dios*, ni era la única ni podía entenderse de forma aislada. Estaba seguida, y muy de cerca, probablemente más de lo que pudiera suponerse, de una segunda imagen, la del *Caballero del Rey* ¹²¹. En una obra publicada a fines del siglo XVII,

verse nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*, 257-258. También PEÑAFIEL Y ARAUJO, *Obligaciones y excelencias...*, *op. cit.*, págs. 100 y sigs. La pena que estaba reglada para el caso de adulterio era siempre grave, aunque variaba de una orden a otra. En la orden de Santiago se exigía penitencia perpetua a los reincidentes. En ella se incluía prisión mayor, ayunos, abstinencias e incluso la posibilidad de quitar el hábito. En Calatrava y Alcántara el Consejo de las Órdenes decidía una sentencia particular para cada caso y de acuerdo a las circunstancias.

¹¹⁹ En cualquier caso el voto de castidad que hacían los caballeros tenía ciertos «aderentes y circunstancias». Se aprovechaba el voto de castidad para pedir moderación y abstinencia del acto matrimonial en determinados días del año: «los días de fiestas mayores, y de Nra. Señora, y de los Apostoles, y vigilijs dellos, y otros días de ayuno»; se prohibía igualmente «usar de la conversacion dela propia muger disoluta y desonestamente» (PÉREZ DE AYALA, *Compendio y declaracion...*, *op. cit.*, págs. 6-7). En la misma línea MOTA recomienda al caballero «usar con templanza del acto matrimonial, absteniéndose en ciertos días» (*Tratado...*, *op. cit.*, pág. 269). Sobre estas cuestiones se puede ver también nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*, págs. 257-258.

¹²⁰ *Tratado...*, *op. cit.*, pág. 90. También OCAMPO, *Obligaciones...*, *op. cit.*, pág. 67v.: «Han de vendezir la mesa, y dar gracias a Dios despues de comer y cenar reconocidos à su Providencia, y misericordia advirtiendlo, que no viben para comer, y veber, sino, que han de comer y veber templadamente para vivir en servicio de Dios, convirtiendo la abundanzia de sus mesas en la misericordia de los Pobres, y nezesitados conforme a la doctrina y exemplo de los santos, y de los Philosophos».

¹²¹ Como venimos indicando, la mayor parte de los tratadistas situaban la imagen del *Caballero del Rey* a continuación de la del *Caballero de Dios*. Sin embargo, Portilla presentaba un orden diferente. Consideraba que el caballero era, en primer lugar y sobre todo, vasallo del rey. El resto de sus *cualidades* eran simple consecuencia de esa entidad principal. Su servicio a Dios era una consecuencia de los deberes que tenía hacia la República: «... los que son verdaderamente zelosos del bien de la Republica, lo son de la honra de Dios» «... (los caballeros) se obligan à ello por via de juramento, de defender la fe, y la religion, y culto divino, que es el principal fundamento de la Republica, y para que por ella y en su acrecentamiento y defension peleassen y muriessen, si fuesse menester» (*Tratado...*, *op. cit.*, págs. 205-207).

Francisco Ventura de Sala y Abarca, caballero de la orden de Santiago, reiteraba lo que los tratadistas de la segunda mitad del siglo XVI —españoles y extranjeros— habían venido sosteniendo a propósito de las *deudas* más comunes que definían la identidad de la *Nobleza Católica*: «Después de Dios es mi Rey la primera obligación de las Órdenes Militares»¹²². Con tal afirmación Sala y Abarca pretendía dejar bien sentada la estrecha relación que unía a los caballeros de las Órdenes con el Rey. Efectivamente, la *cualidad de Caballero del Rey* no era simple retórica. Se justificaba plenamente en la «sujeción» que tenían a «Su Majestad Católica» como su superior y *maestre*. En esta línea, todos los autores coincidían en señalar el voto de obediencia¹²³ como la clave para explicar dicha «sujeción». Sus efectos permitían conformar un tipo de relación en la que el monarca asumía el papel de Superior, con obligaciones de Padre, Juez y Prelado¹²⁴; y el caballero el de súbdito, obligado por la profesión a la «perfecta obediencia»¹²⁵. Rades, por ejemplo, concebía la obediencia como auténtica renuncia a la propia voluntad, no dejando lugar para seguir otra opinión que la del *maestre*¹²⁶.

¹²² En esta misma línea, el Comendador de Mohernando López de Baeza, en una *Exhortación a los caballeros*, escribía: «Bien sabedes, señores, que el día que vos recibisteis (en el hábito fue) para servir à Dios é al Rey ...». (Es una *Exhortación* reimpresa en numerosas ocasiones. Nosotros la hemos tomado de: *Regla de la orden de caballeria de Santiago con notas sobre algunos de sus capitulos y un apendice de varios documentos que conducen para su inteligencia y observancia, y mayor ilustracion suya, y de la Antigüedad de la Orden*. Madrid 1741, pág. 150. Ver también SCHALK, E. (*From valor...*, pág. 30), recoge la opinión expresada en 1576 por un escritor francés anónimo, y él mismo noble, sobre las principales obligaciones de la nobleza: «to fight to mantain the honor of God and a peaceful kingdom, to spread more widely the King's authority against his enemies». (*Lettre missive d'un gentilhomme*. París 1567.)

Igualmente ilustrativas son las opiniones de SALAZAR Y CASTRO referidas a las Órdenes francesas de Sancti Spiritu y San Miguel. Los caballeros de la primera se podrían conceptualizar igualmente como caballeros de Dios y como caballeros del Rey Christianissimo, pues asumían, como los caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara, voto de defender la Fe Catholica y de servir a su Rey. Sin embargo, por lo que se refiere a los de la orden de San Miguel, instituida en 1469, eran sólo caballeros del Rey Christianissimo. Tal y como indica Salazar y Castro su sola obligación consistía en ayudar «à guardar, sostener, y defender la elevacion, derechos, y grandezas de la Corona de Francia, de la Majestad Real, y autoridad del soberano, y de los soberanos, sucesores suyos, tanto quanto vivieran siendo de la Dicha Orden». Es decir, la Orden de San Miguel es temporal, creada exclusivamente «para utilidad y honor de la Monarquía», sin nada que ver con la defensa de la Fe. (*Papel que...*, *op. cit.*, págs. 5-7.)

¹²³ Recordar que los caballeros en el momento de hacer la profesión juraban guardar tres votos: castidad y pobreza, de los que ya hemos hablado, y obediencia. Sobre los votos ver en especial los capítulos que Ocampo les dedica (*Compendio y declaracion...*, *op. cit.*).

¹²⁴ Ibídem, «Del voto de la Obediencia», págs. 110 y sigs.

¹²⁵ La única excepción es, como en otras ocasiones, PORTILLA, quien prefería hablar de fidelidad antes que de obediencia: «y es tan necessaria esta fidelidad de coraçon a que los cavalleros estan obligados con su principe y patria, que no cumplen con solo ser fieles, sino que verdaderamente avian de tener por muy persuadido que ser lo contrario les era imposible: porque tambien podia aver rebeldia mental como puede haber heregia mental (...) el cavallero en materia de fidelidad à su Rey no havia de imaginar poder no serle fiel, ni tal pensamiento abominable y odioso avia de traer a su memoria». (*Tratado...*, *op. cit.*, págs. 205-206.)

¹²⁶ Por si el «voto de obediencia à S. M., y à sus sucesores en la dignidad Maestral» fuera poco, recordaba la existencia de una Ley Capitular que disponía que: «todas las personas

El padre Isla planteaba el mismo precepto como entrega absoluta y sujeción al superior¹²⁷. Entre las opiniones de todos estos autores quizás las más ilustrativas, porque son las más desarrolladas, sean las del *maestro* de caballeros Francisco de Ocampo. Su principal preocupación, en este sentido, parecía estar en relación con hacer de la obediencia una cuestión militar. Con ello pretendía conseguir que el sometimiento al «maestre, o al que hiziere sus veces» fuera poco menos que absoluto: que no admitiera réplica ni dilación; que obligara hasta la muerte, y que llegara a todo lo que mandase el Superior no contrario a la Regla¹²⁸. En ello se incluía obedecer cuando se piensa que el mandato no es justo¹²⁹, cuando es opinable¹³⁰ e incluso cuando se manda contra derecho positivo¹³¹. Resulta muy interesante observar el concepto de obediencia que proponían estos autores. Consistía en afirmar no sólo la necesidad de obedecer, sino adicionalmente la de no resistir o rebelarse, bajo ninguna circunstancia, a la autoridad del *maestre*. Tal posibilidad se rechazaba tajantemente por el hecho de que no era posible resistir al rey sin, al mismo tiempo, desobedecer a Dios¹³², lo cual era impensable en

desta Orden sean obedientes a S. Magestad, y al Capitulo General, y Diffiniciones, y al Consejo de las Ordenes». Asimismo, prometía la máxima pena para quien «hace contra el voto de obediencia y excomunion mayor a quien se revelase ó levantase contra el Sr. Maestre, ò darle guerra ò molestia, con cualquier color que sea». (*Catalogo...*, *op. cit.*, págs. 64-66.)

¹²⁷ «Dize Santo Thomas y otros que le siguieron, que es una virtud que se reduce (...) a que un hombre se subjeta a otro, y se entrega a otro, y hizo a otro señor de si quando le dio la obediencia». (*Regla de la Orden y Cavalleria...*, *op. cit.*, Dedicatoria, s/p.)

¹²⁸ «... los professores desta regla (Santiago) estan obligados a tener una eficaz preparacion de animo y voluntad de hazer todo lo que el Sr Maestre, o quien tubiere sus veces les mandare, aunque sea cosa no contenida en la regla y constituzion (...) en la orden de Santiago por la fuerza de las palabras de los Capítulos 14-20 y 63 de la regla, (se ha de cumplir) todo lo que mandare el superior no contrario a regla o ley». En *Compendio...*, *op. cit.*, pág. 11v.

¹²⁹ «Y porque debiendo obedecer al Sr Maestre en todas y por todas las cosas y si alguna cosa que les fuere mandada les pareziere injusta y agraviada se les manda, que no por eso contradigan la palabra del Maestre. (...) porque la duda del subdito, no puede venger el derecho zierto del superior en que como tal se alla en posesion de mandar, ni de otro modo se pudieran govarnar los subditos, pues cualquiera buscara contra el precepto del superior». (*Ibidem*, págs. 11v-112.)

¹³⁰ «Si el Maestre, o quien tuviere sus vezes, mandare a estos cavalleros alguna cosa en materia opinable siendo probable la parte del superior, se debe executar, de que tienen de su parte opinion tambien probable; porque este voto de obediencia les obliga a esto», «... enquanto a la orden de la cavalleria de Santiago y de otra cualquiera religion; donde la fuerza de su profession, y regla les obligue a seguir la opinion probable del superior, negandose hasta en esto asu propia voluntad y libertad». (*Ibidem*, pág. 114.)

¹³¹ «Si la materia no fuese en si mala, sino respecto de alguna prohibizion del derecho positivo humano, y sea mala por ser esta prohibida (...) no pecaran haziendo lo que les manda el superior: porque el derecho positivo humano no obliga congrave daño delos subditos». (*Ibidem*, pág. 112v.)

¹³² Rades consideraba que «... el que directamente hace contra el voto de la obediencia, pecca mortalmente, por ser como es uno de los substanciales de la religion. y aun si la obediencia lleva a revelarse ò levantarse contra el sr. Maestre, ò darle guerra ò molestia, con qualquier color que sea, por el mesmo hecho el que lo tal hiziese incurre en sentencia de excomunion mayor» (*Catalogo de las obligaciones...*, *op. cit.*, pág. 66). En parecidos términos se expresa el padre Isla: «y si la inobediencia es tanta y tal que niegue uno asu perlado y le

un caballero de hábito. No obstante, debe subrayarse el hecho de que aunque el compromiso básico con la no resistencia era indiscutible, Ocampo introducía una excepción. Mantenía la opinión de que la obediencia nunca debía apartar al caballero de la justicia, por eso, «si estuviesen verdaderamente ziertos dela falta de justicia del precepto, y consta claramente que no es cosa que se puede obedecer, entonces no estan obligados a poner en ejecucion el precepto»¹³³. Asimismo interesa advertir que los argumentos que manejaban la mayoría de los autores, permiten verificar hasta qué punto se utilizaba el voto de obediencia como *estrategia*. Permitía reforzar los lazos de lealtad que ya existían entre el monarca como rey y sus súbditos¹³⁴ y, en última instancia, conseguir un firme compromiso de obediencia política. Consecuente con este planteamiento, la obediencia se traducía en la propuesta de una praxis volcada hacia el servicio real¹³⁵, apoyando cualquier proyecto que eligiera el monarca. De ahí la preocupación por nombrar caballeros que, a través de servicios pasados, pudieran demostrar su disposición a colaborar tanto en la paz como en la guerra¹³⁶. Puede notarse esta orientación en el intento de Mota por hacer de las Órdenes una especie de *mina* de donde «sacar caballeros experimentados en las armas virtud y religion» para gobernar las «empresas» de la monarquía¹³⁷. En este clima, es fácil entender que el criterio que presidía la propuesta de servicios no se circunscribiera exclusivamente a la esfera militar. Tanto Mota como, especialmente, Ocampo, parecían dispuestos a recomendar que se proyectara a otros ámbitos de la vida civil: «Porque si unos alcanzan victorias de los enemigos peleando, los otros (consejeros, secretarios, etc.) alcanzan tranquilidad, y paz,

desobedezca no solo en algun mandamiento particular, sino que en general pretende huyr del, y ser rebelde, y distraerse y ausentarse, y mutarle no solo el animo sino tambien el cuerpo, entonces cae en mayor pecado que inobediencia: porque cae ya en apostasia que es un pecado mayor que la inobediencia (...) y assi huydos y apostatas (...) de mas de las penas en que segun derecho incurrn: que son excomunion y otras» (*Regla de la Orden...*, pág. IX).

¹³³ En esta misma línea, OCAMPO continúa diciendo: «el exercicio desta virtud, se promete tambien guardarse de sus extremos contrarios, que son la desobediencia por defecto, y la obediencia de cosas injustas por exceso; Y en caso que el Superior de hecho quisiere obligarlos compeliendoles con graves penas que lo cumplan deben padezer todas las penas, y con paziensia sufrir qualesquier censuras, antes que obedezan» (*Compendio y declaracion...*, *op. cit.*, pág. 112).

¹³⁴ Es la misma *estrategia* que se sigue para luchar contra el adulterio. El voto de castidad se utiliza para reforzar la obligación que ya tienen los caballeros como cristianos de guardar castidad conyugal. Sobre la utilización del título de caballero para reforzar la lealtad al monarca puede verse WINKLER, F. H., *The making of king's knights in England, 1399-1461*. New Haven, Conn: Yale University, 1943; sobre todo págs. 1-24. También BOULTON, D. J., *The knights of the crown: the monarchical orders of knighthood in later medieval Europe, 1325-1520*. New York 1987.

¹³⁵ La idea de crear caballeros para el servicio real puede verse también en WINKLER, F. H., *The making of...*, *op. cit.*, pág. 77. En esta línea, JOUANNA, A., *Le devoir de révolte. La noblesse française et la gestation de l'État moderne, 1559-1661*, Fayard, 1989, capítulo III, «Le poids politique des réseaux d'amitié et du crédit», págs. 65-90.

¹³⁶ Sobre la relación de los hábitos de las Órdenes con el servicio real, ver nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*, págs. 113 y sigs.

¹³⁷ *Tratado...*, *op. cit.*, pág. 82.

que es perfecta victoria para la religion, y republica. (...) pues las armas necesitan tanto delas letras para su conservacion, como las letras de las armas»¹³⁸.

En definitiva, a través de la obediencia y el servicio se intentaba garantizar un comportamiento de rigurosa fidelidad al monarca y a la «Catholica Monarquia». Un comportamiento que justificaba plenamente la imagen de *Caballero del Rey Católico* que le asignaba la tratadística.

Con todo, llama la atención en este punto, la intensa labor desplegada por el grueso de los autores dirigida a enfatizar el sometimiento de los caballeros al monarca. El análisis de sus argumentos muestra, más allá de otras consideraciones, cómo el tipo de relación que se establecía con el rey suponía la adjudicación al papa de un papel que alteraba la posición que tradicionalmente tenía asignada. Ciertamente, la dependencia del papado considerada en otro tiempo prioritaria pasaba, sino a un segundo término, si al menos a un plano diferente. Así, y a título de ejemplo, cabe referirse al Proemio de la Bula de fundación de la Orden de Santiago. La primera definición que en ella se encuentra de los caballeros era la de «hijos de la Santa Iglesia de Roma»¹³⁹. Por el contrario, el retrato que pintaba varios siglos después el Comendador General de la Orden de Calatrava concebía las cosas de una manera distinta: «en el momento de hacer la profesión los caballeros hacen el siguiente juramento: "Hago profession à Dios, y al señor maestre (...)" y como el Maestre y la Orden dependen inmediatamente de la Sede Apostolica (...) en aquellas palabras esta incluida (...) la universal obediencia, (de los caballeros) (...) al sucessor de S. Pedro»¹⁴⁰. Es decir, lo que primaba era la relación con el monarca y la referencia apostólica, aunque seguía existiendo, aparecía desvitalizada en relación a la época medieval¹⁴¹. Así, el vínculo entre los caballeros y la Santa Sede venía a establecerse a través del Rey¹⁴². Por eso, si en el marco medieval se puede hablar sobre

¹³⁸ *Compendio y declaracion...*, *op. cit.*, pág. 45.

¹³⁹ Citado por PEÑAFIEL Y ARAUJO, *Obligaciones y excelencias...*, *op. cit.*, pág. 3v. Para la vinculación de las Órdenes al papado nos remitimos, sobre todo, a GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L., «Las Órdenes Militares como emanación del poder papal ...», *op. cit.*

¹⁴⁰ En SALAZAR Y CASTRO (*Papel que...*, *op. cit.*, pág. 5). En la misma obra, un poco más adelante se lee también: «Los caballeros de Calatrava juran à Dios, y à la Santa Maria, y à los Santos Evangelios defender su Orden, y su Maestre, y guardar sus Difiniciones, que dimanen de la Sede Apostólica, y dependen de ella» (pág. 5v). También de la MOTA ponía extremo cuidado en demostrar en todo momento que el caballero debía fidelidad primero al Rey y después al Papa. La oración que recomendaba hacer cada día a los caballeros rezaba: «Hacer oración por su Maestre, que Dios le de saber, poder, y gracia para bien regir las cosas que le son dadas en acrecentamiento de la Santa Iglesia» (*Tratado...*, *op. cit.*, pág. 262).

¹⁴¹ Esta es una idea que ya ha puesto de manifiesto GARCÍA-GUIJARRO, L. en «Las Órdenes Militares ...», *op. cit.*, sobre todo págs. 9 y 10. Allí se señala el siglo XIV como comienzo del proceso de inversión de la tendencia. De todas formas los lazos de las Órdenes con el papado seguían siendo muy fuertes. De alguna manera, las Órdenes se seguían considerando como una forma de extensión del poder papal.

¹⁴² Sobre esta cuestión remitimos a la nota 5. Por otro lado, durante el siglo XVII se produce una interesante discusión sobre este extremo de la que dimos cuenta en nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.* Únicamente recordar que en ella las Órdenes manifiestan una postura ambigua

todo de un Caballero de la Iglesia, sometido al papa que con su autorización sirve al rey, a partir del siglo XVI¹⁴³ —desde la Incorporación perpetua de los maestrazgos—, las cosas se plantean de forma distinta. Un hábito identifica cada vez más un Caballero del rey que por su mediación sirve al papa y de esa forma se convierte en un *Caballero de la Iglesia*¹⁴⁴.

Así pues, y en relación a esta nueva imagen, el presupuesto del que había que partir era una vinculación prioritaria de los caballeros con el rey que no anulaba, pero sí llevaba a un término diferente, la que les unía con la sede apostólica. Sin embargo, esto no impedía que se siguiera manteniendo un compromiso muy especial de obediencia al papa que iba más allá del sometimiento universal que todos los fieles debían al sucesor de S. Pedro¹⁴⁵. A título de ejemplo, cabe referirse al juramento que hacían los caballeros de Calatrava de defensa de la «Santa Sede Apostólica a quien siempre tuvimos y tendremos la debida obediencia como orden tan Católica y Religiosa»¹⁴⁶; o el recordatorio que hacía Ayala a los caballeros de Santiago para «guardar (...) la obligacion que tenemos de obedecerla (a la Iglesia) como madre nuestra, y a los que en ella presiden, por tener el lugar de dios»¹⁴⁷; sin olvidar el reconocimiento de la orden de Alcántara de estar «guiada por

y a veces claramente contradictoria. Vincularse en primer lugar al papado o al monarca es cuestión de intereses. En ocasiones, y sobre todo en determinados aspectos, para escapar del control real defienden su vinculación directa con la Santa Sede. Por el contrario, en otras ocasiones se unen directamente a la corona.

¹⁴³ Como bien señala GARCÍA-GUIJARRO, L., en «Las Órdenes Militares...», *op. cit.*, el proceso se inicia a principios del trescientos. No debemos olvidar que antes de la Incorporación Perpetua de los maestrazgos se habían producido ya varios ensayos de Administración de las Órdenes por parte de los monarcas castellanos. Al verificarse la elección de don Fadrique como Maestre, por ser menor de edad, gobernó la orden de Santiago en su lugar el rey su padre. Juan II, después de la muerte de su privado Juan de Luna, obtuvo el maestrazgo de Santiago en administración y a su muerte lo tuvo su hijo Enrique IV. Entre 1470 y 1476 Fernando el Católico tuvo en administración la orden de Santiago. Entre 1488 y 1489 los Reyes Católicos lograron reunir los tres maestrazgos en administración por el tiempo de sus vidas. Sobre esta cuestión, ver por todos RADES Y ÁNDRADA, *Cronica...*, *op. cit.*

¹⁴⁴ La cualidad de *Caballero de la Iglesia* se comparte con los caballeros de las órdenes de fundación pontificia, como lo son, por ejemplo, las portuguesas de Avis y del Cristo. Sin embargo, las órdenes francesas de San Miguel y Sancti Spiritu que venimos mencionando no tienen esa vinculación. «La Orden de Sancti Spiritu no tiene mas voto que el de permanecer sus cavalleros en la Fé Catholica, y en sevicio del Rey Christianisimo: no dà à la Sede Apostolica en sus miembros mas autoridad» (en SALAZAR Y CASTRO, *Papel que escribio...*, *op. cit.*, pág. 8). Los caballeros de San Miguel, como ya indicamos, son solamente caballeros del rey Cristianísimo.

¹⁴⁵ Salazar y Castro hablaba de una obediencia con mucho superior a la de un cristiano cualquiera, se refiere a «la particular y privada, que le professan, y tributan los religiosos mas austeros». *Papel...*, *op. cit.*, pág. 5. De hecho, en la Bula *Dum Intra*, queda bien claro el compromiso de obediencia de las órdenes y del rey al papa: «... y si acaso en algún tiempo, lo cual Dios no quiera, se apartare de la obediencia nuestra, o de la del Romano Pontifice, que por tiempo canonicamente lo fuere, o de la obediencia y devocion de la Santa Iglesia de Roma, o emprendiere guerra en contra, o directa, o indirectamente la maquinare, en daño y detrimento de su honra, o de sus cosas, por si, por otros, quede privada de esta gracia» (de la Incorporación).

¹⁴⁶ ZAPATER, M. R., *Cister Militante...*, *op. cit.*, pág. 349.

¹⁴⁷ *Compendio y declaracion...*, *op. cit.*, pág. 25v.

el inefable espíritu de la Santa Iglesia Romana»¹⁴⁸. Sin embargo, el protagonismo que se confiere a la obediencia al Romano Pontífice no debe hacernos perder de vista que, más allá de esa dimensión general, existían otros puntos de conexión más concretos que vinculaban a los caballeros con la sede apostólica. Defendida con igual fuerza por la historiografía se destacaba la obligación de creer y defender los «dogmas que cree y confiesa la Santa madre Iglesia», especialmente aquellos reafirmados por Trento. Con ese argumento comenzaba una oración que debían rezar a diario los caballeros de Alcántara y que se decía había rezado el emperador cada noche: «Creo de corazon, y confieso de boca todo aquello que la Santa Iglesia nuestra madre cree, y confiesa y lo que un buen cristiano es obligado a creer, y protesto que quiero morir, y vivir en esta Fe ...»¹⁴⁹. Especial atención se daba a la defensa del dogma de la «Concepcion Inmaculada de Maria Santisima». Ciertamente, si algo resalta entre los compromisos del *Caballero de la Iglesia*, es la obligación de venerar y engrandecer a la Virgen en «todos los Misterios, en que Nuestra Madre la Santa Iglesia reconoce y ensalza»¹⁵⁰. Al hilo de lo que venimos diciendo, bien ilustrativo es el hecho de que el cumplimiento de este compromiso se llegara a exigir, poco tiempo después, bajo juramento como un voto especial. Por este voto adquirirían el compromiso de dar la vida y derramar sangre, si fuera necesario, por defender el misterio frente a «torcidas inteligencias, siniestros dictámenes, y porfiados pareceres»¹⁵¹. Estas eran las palabras que acabarían recitando los caballeros de Calatrava al hacer la profesión: «juramos, y votamos, que aora, y siempre afirmaremos,

¹⁴⁸ Ibídem, pág. 522.

¹⁴⁹ *Manera de rezar...*, op. cit., fol. 23v. Sobre la vinculación de las Órdenes Militares a la defensa de los dogmas de fe defendidos por la Iglesia, puede verse los autos sacramentales de MIRA DE MESCUA, *Las pruebas de Cristo*. Madrid 1675; y CALDERÓN DE LA BARCA, *Las Ordenes Militares*. Madrid 1677.

¹⁵⁰ ZAPATER, M. R., *Cister Militante...*, op. cit., Juramento de defensa de la Concepción de María Santísima, pág. 349.

¹⁵¹ La defensa de la Concepción Inmaculada de María Santísima no se convierte en un auténtico voto hasta el siglo XVII, lo cual no quiere decir que anteriormente no existiera el compromiso de defensa. Fue aprobado por los Establecimientos y Definiciones de las órdenes en el Capítulo General que se celebró en 1652. Sobre ello, ver RUIZ DE VERGARA ÁLAVA, F., *Regla y Establecimientos de la Orden y Cavalleria del Glorioso Apostol Santiago, Patron de las Españas con la Historia del Origen y principio della*. Conforme al Capítulo General que se celebró en esta corte en el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres. Madrid 1655. Para Calatrava, *Diffiniciones de la Orden, y cavalleria de Calatrava conforme al Capitulo General celebrado en Madrid en 1652*. Madrid 1663. *Diffiniciones dela Orden y Cavalleria de Alcantara con la historia y origen della*. De acuerdo al Capítulo de 1652. Madrid 1663. El juramento que hacen los caballeros de Calatrava y Alcántara está copiado íntegramente en ZAPATER, *Cister Militante...*, op. cit., págs. 349-351 y 522-523. Para la orden de Montesa, F. Andrés Robres nos ha recomendado MATHEU Y SANZ, L., *Relación en que la esclarecida religion y inclita caballeria de Nuestra señora de Montesa y San Jorge de Alfama, de la milicia de Calatrava, y Orden de Cister, da cuenta a la Catolica Magestad del Rey Nuestro Señor su Administrador Perpetuo del voto y juramento que hizo en Valencia a primero de Iunio mil seiscientos cinquenta y tres, de defender, tener y sentir, que la Virgen Santísima Maria Madre de Dios fue concebida sin mancha, ni rastro de pecado original: y fiestas que consagro a esta celebridad*, Valencia, Bernardo Nogues, 1653.

y defenderemos, que la gloriosísima Virgen Nuestra Señora fue concebida sin pecado original; y que nunca cayó en ella esta mancha (...) sino que en el instante de su concepcion dichosa, y de la union de su alma, y cuerpo, fue prevenida de la Divina gracia, y preservada de la culpa original. Y esto por los meritos de la pasion, y muerte de Christo Nuestro Redentor (...) y que en esta verdad y por la honra de la Santísima Virgen, con la ayuda de Dios omnipotente, viviremos, y moriremos»¹⁵². Se puede decir sin lugar a dudas que, junto a los jesuitas, los caballeros de las Órdenes se convirtieron en los principales defensores de la Inmaculada, desplegando una verdadera campaña en su favor que incluía el compromiso de procurar que la doctrina fuera «promulgada, defendida, y profesada entre todos los fieles»¹⁵³. Finalmente, y también vinculado a la imagen de *Caballero de la Iglesia*, aparecía la idea de «guarda y defensa» de la República Cristiana. En cierto sentido se puede decir que por primera vez se asociaba al caballero de las Órdenes con la guerra. Se trataba de que en algún momento de su vida defendiera la Cristiandad con las armas. Por eso, se le invitaba directamente a formar parte de los ejércitos del rey¹⁵⁴ en alguna de las campañas contra la «malvada seta de Mahoma»¹⁵⁵, o de «extirpación del hereje Martín Lutero». En conjunto puede decirse que se estaba desarrollando un sistema de fidelidad a la Iglesia romana, paralelo al que se había desarrollado en relación a la monarquía. Tal sistema, como ha señalado Prodi, era característico del proceso de confesionalización del mundo católico que permaneció en la órbita de la Iglesia romana¹⁵⁶.

* * *

Dios, Rey, Iglesia, o, lo que es lo mismo, vivir y morir en la *verdadera* religión defendiendo la «fe de Christo»; guardar rigurosa fidelidad al *Rey Católico* y a la *Monarquía Católica*; obedecer, defender y reconocer como cabeza de la Iglesia al Romano Pontífice y proteger la República Cristiana. Estas eran las señas de identidad con las que se pretendía dotar a la *Nobleza Católica*. Al menos formalmente el modelo era intachable. Otra cosa es que

¹⁵² En ZAPATER, M. R., *Ibíd.*, pág. 350.

¹⁵³ *Ibíd.*, pág. 523.

¹⁵⁴ Nunca se dijo, ni se escribió en ninguna parte, que fuera en el de las Órdenes.

¹⁵⁵ «Que todavía dura la infidelidad y malvada seta de Mahoma, porque aunque ha sido desterrada de España no esta acavada en el mundo: antes por ser de tan mala raza viciosa, y carnal, cunde mucho (...) y es bien se repite señaladamente en Argel, polilla y carcoma de la Christiandad, en las fronteras de Cartagena, Murcia, Valencia, Cataluña, Mallorca, Menorca, y otras islas por cuyas playas se meten en las calas (...) y los grandes gastos que se hazen en la guarda del mar, redundaran en daño general a la Christiandad assi por lo que cautivan, y los muchos dineros que sacan para los rescates, como porque estan de Argel donde se van los moriscos de España, y los moriscos a ellos ...» (MOTA, *Tratado...*, *op. cit.*, págs. 138-138v).

¹⁵⁶ PRODI, P., *Il sacramento del potere. Il giuramento politico nella storia costituzionale dell'Occidente*, Il Mulino, Bolonia 1992. Cap. VII, «La lotta per il monopolio: dalla Chiesa alle confessioni religiose», págs. 283-338.

entre él y la realidad mediara cierta distancia¹⁵⁷, lo cual no impidió que acabara por alcanzar una gran proyección. No quisiera, sin embargo, dar una impresión exagerada de sus logros, pero creo que no es desacertado decir que, al menos desde la perspectiva que venimos desarrollando, se reveló extraordinariamente fructífero¹⁵⁸. Permitió insertar las Órdenes Militares en el entramado político-religioso del mundo católico en el período confesional. Un dato revelador en este sentido lo constituye, a modo de ejemplo, el significado que adquiere el hecho de que nobles austriacos¹⁵⁹ vistieran el hábito de las Órdenes Militares castellanas. Tal y como señala A. Mur, la cruz de las Órdenes hacía ostensible su «pertenencia al partido español y a la minoría católica de la corte. El hábito para ellos representó un signo de identidad, la señal externa de su adhesión al partido católico y filohispánico de la corte de Viena». «El interés por los hábitos de las Órdenes Militares españolas encontró un momento propicio en la coyuntura política de afirmación de los protestantes»¹⁶⁰. Pero la nobleza austriaca no es una excepción. Encontramos caballeros repartidos por toda la Cristiandad que permaneció

¹⁵⁷ Por lo que nosotros sabemos, la distancia mayor entre la realidad y el modelo tenía lugar en la imagen de *Caballero de Dios*. Los controles de caballeros realizados por el Consejo de las Órdenes, y que nosotros conocemos fundamentalmente para el siglo xvii, son una buena prueba de ello. A modo de ejemplo puede verse A.H.N., sección de OO.MM., Consejo, libro 84C. En otras palabras, la campaña de *moralización* de la nobleza emprendida desde la monarquía no dio los frutos esperados. Las razones no hay que buscarlas en el desajuste entre objetivos y medios. La visita, la confesión y la asignación a los caballeros de un *maestro* «para mirar los escrúpulos, dudas y cuestiones que tenían (...) y que no pequen por ignorancia» se revelaron como medios extraordinariamente apropiados. Quizás la razón habría que buscarla en el escaso deseo de *disciplinamiento* que mostró la nobleza. Aceptó y asumió totalmente el modelo, pero no pareció muy dispuesta a seguirlo. Por el contrario, la vitalidad del *Caballero del Rey* es fácilmente comprobable y las guerras de la monarquía son un claro ejemplo. La sublevación de Cataluña y la de Portugal se revelan como banco de pruebas apropiado para comprobar la vinculación del hábito de las Órdenes y la lealtad al monarca. Los caballeros del hábito de las Órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara de Cataluña se mantuvieron fieles a Felipe IV. Recibieron el hábito de alguna de estas tres órdenes los catalanes que se mantuvieron fieles al monarca y en su servicio perdieron «familia, casa y hacienda». Sobre esto puede verse nuestro *Honor y privilegio...*, *op. cit.*, pág. 205.

¹⁵⁸ Analizar otras posibles perspectivas de la *Nobleza Católica* no es, obviamente, objeto de este trabajo. Sin embargo, no está de más destacar que, además de la utilización del modelo en la política confesional, se afirmó como valioso instrumento en el proceso integrador de *noblezas* de cada territorio primero y del conjunto de la monarquía después. Parece ser, y los números lo demuestran, que en los ámbitos castellano, italiano y americano funcionó siempre muy bien. En el resto de los territorios depende mucho del momento.

¹⁵⁹ Ponemos como ejemplo la nobleza austriaca porque es la que mejor conocemos. Sobre ella A. Mur ha publicado un artículo que se cita en la nota siguiente, y en la actualidad está concluyendo un libro. Para la nobleza italiana en las órdenes militares castellanas está trabajando M. Lambert Gorges y llevó una comunicación al Coloquio organizado por el Instituto Universitario Europeo. Florencia, septiembre 1993.

¹⁶⁰ MUR RAURELL, A., «Austriacos en las Órdenes Militares españolas en el siglo xvi», en *Spanien und Österreich in der Renaissance*. Akten des Fünften Spanisch-Österreichischen Symposions. 1987 Wien. Innsbruck 1989, págs. 81-95.

católica con la única excepción de la monarquía francesa ¹⁶¹. Aunque quizás, el caso más llamativo lo constituyan los de los territorios del *entramado* Habsbúrgico ¹⁶². Ciertamente, en estos territorios la *Nobleza Católica* era un arma más en la lucha secular que mantuvieron contra las potencias protestantes, y desde luego no de menor importancia ¹⁶³. Así pues, y teniendo en cuenta esta perspectiva, quizá no sea desacertado señalar que a esa definición confesional de un *Rey Católico* y una *Monarquía Católica*, se podría añadir también la de una *Nobleza Católica*.

¹⁶¹ Por el momento, tenemos documentados hábitos, además de en la Monarquía Hispánica, en casi todas las repúblicas y principados italianos, los Estados Pontificios, los antiguos territorios de la Casa de Borgoña, Austria, Baviera, Suabia, Hungría.

¹⁶² Creo que es significativo en relación a lo que venimos diciendo el hecho de que una de las principales obras que definen el retrato del *caballero católico*, la que escribió PORTILLA Y DUQUE, F., *Tratado de lo que es la nobleza y milicia...*, *op. cit.*, se dedicara a don Guillén de S. Clemente, caballero de la orden de Santiago, comendador de Moratalla y «Embaxador à la magestad Cesarea del Emperador Rodolfo II».

¹⁶³ La misma impresión tiene J. RAMBAUD CABELLO para la Orden del Toisón: «Resulta especialmente significativo el ejemplo de la gran nobleza católica checa en la segunda mitad del siglo XVI; y, evidentemente, la definición confesional no es en este caso superflua. La situación minoritaria de dicho grupo católico junto a la especial ligazón con la dinastía reinante y su constante participación en el proceso contrarreformista permitirán la definición de un restringido grupo católico con conexiones con España». (En «La Orden del Toisón ...», *op. cit.*, pág. 6.)